

Princesas en Penumbra

Author Pendragon

Image not found.

Capítulo 1

All Rights Reserved: 1506104300637

Hummbalkar Reg.: 03-2004-020410142600-01

PREFACIO

Era una sensación extraña. Nada se parecía a la zozobra que pudiera estarme aquejando por la cercanía del Duelo.

Eché una ojeada al reloj. Había tiempo, el suficiente para prepararlo todo sin apuraciones antes de marcharme. Después de una larga y pantanosa pausa en la orilla de la cama, me arrastré hasta la cocina.

-¡Bastet! -grité para enseguida arrepentirme ante la punzante depresión que agujonó mis sienes.

El animalejo acudió a mi llamado y se arremolinó pegajosamente sobre mis tobillos.

-Hazte a un lado, inútil -hablé por lo bajo tratando de evitar mayor inclemencia de aquella jaqueca-. ¿Viste a Seji?, ¿adónde fue?

De una zancada eludí al felino, saqué una taza de la alacena y luego me serví café.

-¿Ya le has echado un ojo a la lista de mi equipaje? -inquirí después de dar un sorbo generoso a mí perfumada bebida-. ¿Qué opinas?, ¿crees que me falte agregar algo?

El ocioso gato persa me miró sin mayor expresión que esa su sempiterna mueca de rostro exprimido.

-¿Qué diablos te traes? -retomé el aire de diva-. ¿Se te secó la boca o algo parecido?

-Sejmet se ha ido -por fin dijo el felino con su precisa carraspera de duende y volvió al talante de alienado.

-De eso me doy cuenta, zonzo -me encogí por el dolor-. Lo que quiero

saber es adónde fue.

-No dijo -continuó-. Me pidió expresamente no hablar antes de las diez. Ahora ya son las diez con uno.

-¿Y a qué hora regresa? ¿Me lo puedes decir o te ordenó expresamente hacerlo hasta las diez con dos?

-No me parece gracioso. Lo que sí lo será es la cara que pondrás después de que te diga que hay una enorme posibilidad de que ella nunca vuelva.

Se me regresó el trago con un espasmo mientras veía a Bastet desaparecer tan fugazmente como un espectro. Puedo decir que literalmente volé hasta el cuarto de la desaparecida. Un manojo de hojas escritas yacía en el medio de la cama.

Leí:

Doncella:

Si has hecho tuya la intención de encontrar por aquí perdida, entre estas letras, una explicación para mi ausencia, quedarás decepcionada. Las razones para haberme ido, las que me harán volver o no regresar nunca, son asuntos por los cuales no debes preocuparte, menos aun en este preciso momento, cuando estás a punto de enfrentar tu destino.

Reconozco estar violando el protocolo exigido para estos menesteres, pero no podía dejar de expresarte mi más profunda admiración y reverencia hacia ti, y el modo de hacerlo es este, el que aprisionas entre tus dedos. Son estas páginas un tributo a tu coraje, a tu temple, a tu espíritu indomable. Son estas páginas mi obsequio, que aunque poco para tu enorme valía, es lo mayor que poseo: yo misma.

Siempre tuya:

Sejmet, Aljaruxa, Gyda... o como te plazca recordarme

LIBRO PRIMERO

SEÑORA DE LAS EXALTADAS

"De rosada pulpa es el límpido y tazado

fruto que estoy presta a ofrendar"

Canto de las hasa

I

LA ESFINGE EN LA GEMA

Era yo una niña encogida, una creatura hecha nudo y ensimismada. Los cabellos al aire; macilentos mis brazos, estrechando como hiedra necia mis raquíticas piernas. Y el océano, todo gris, perdiéndose en el infinito y lamiendo intermitentemente los dedos de mis pies. Es este el recuerdo del que decido partir para narrar mi historia.

Te diré francamente que mucho de mi confesión podría resultar nimiedad o magnificación si se intenta empatar con los hechos sólidos; sin embargo, a pesar de mis dudas sobre lo que creo que fue, no pienso cejar ante estas líneas hasta darles punto final.

Pero, decía, entonces, que era yo una niña encogida. ¡Y no puedo más que maldecir porque, por más que lo deseé con toda mi alma, no es desde este punto del que pueda partir sin que te pierdas y me malentiendas! Es por eso que con el maldita sea desgarrándome los labios, tendré que suspender otra vez a la creatura desolada en aquella playa para redactar su insufrible prólogo:

Nací en un punto de 1743 en el gélido País del Norte. Mi padre, Sigrid, campesino de arrojado ímpetu nacionalista, decidió llamarme Gyda en honor de una antigua princesa escandinava. Mi madre, Lathgertha, igualmente campesina, era de temperamento manso, totalmente opuesto al de Sigrid.

Quedé huérfana de padre a los tres meses de vida cuando Sigrid fue asesinado al unirse a la resistencia en contra de la monarquía reinante. Así, Lathgertha, siendo casi una niña y ante el indudable pronóstico de un invierno asesino, partió a la capital con su alma y la mía, en busca de un destino menos tenebroso que aquel que se vislumbraba si permanecíamos en nuestra paupérrima provincia.

Después, para reconstruir el rompecabezas, sólo cuento con una postal animada en estilo impresionista -hablando metafóricamente, claro está, porque la dicha imagen es sólo un recuerdo achicado por el tiempo a un rectángulo mental- de mi madre y yo hurgando frenéticamente en un basurero para rescatar algunos restos y echárnoslos a la boca.

Transcurrirían unos ocho años antes de que Lathgertha intercambiara su trabajo remendando redes de pesca por uno nuevo con el que pudimos vivir con algunos visos de dignidad. Aún recuerdo esa expresión de alegría de mi madre el día que, de su percutida enagua, cayeron al remedo de mesa un minúsculo trozo de carne sumado a algunas verduras. Las dos nos abrazamos apretadamente a la vez que los ojos se nos hartaban de lágrimas.

Lo economía mejoraba, sí, pero definitivamente sucedía lo opuesto respecto al carácter de Lathgertha. Se la veía cada vez más ensimismada, triste, privada del característico optimismo que nos mantuvo vivas por prácticamente diez años. De esos días me viene otra visión (esta vez plasmada como en estilo "rembrandtiano"), con mi madre sentada junto a aquel boquete a manera de ventana, cautiva en pensamientos lúgubres, mientras un halo de luz descaraba su dolor al centellear sobre una lágrima furtiva en su tersa mejilla de alabastro.

Un par de candelas sobre un sucio buró junto a la cama, eran la única y escasa fuente de luz dentro de la habitación. Desde la calle, asomándome a hurtadillas, miraba asqueada a eso que, aparentando ser un hombre, jadeaba desesperadamente como un enorme cerdo retorciéndose en el fango. Unos segundos después, la enorme corpulencia tumbada sobre la cama hizo un arco hacia atrás mientras lanzaba un último alarido. Increíblemente, de debajo del monstruo se escapó una mujer con no mayor atuendo que una piel de leche para ocultar su apocado espíritu.

Era Lathgertha.

Tu dinero está sobre el buró, balbuceó el cerdo sin levantarse. Regresa pasado mañana.

Era precisamente el dolor de esa imagen el que extendía su brazo inclemente para despedazarme el corazón y tenerme así encogida una mañana en la playa.

Y estaba yo ahí, en ríspida meditación, tratando de dar explicación a un hecho nada asimilable para una mocosa de quince años, cuando, sin saberlo, el suceso más importante de mi vida pasada, presente y futura, se me revelaría con un tosco jalón en el brazo derecho.

Knut, el idiota del pueblo, me extirpó de mi pena con esa brutalidad muy

propia en él.

-¡Qué haces, tarado! -me arranqué su mano torciéndome toda hacia la izquierda-. ¡Casi me despedazas el brazo!

Knut se quejó con sus característicos pujidos y sus coreografías de mandril; porque además de idiota, el pobre hombre era sordomudo.

-¿Qué quieres? ¿Le pasa algo a Lathgertha?

Me miró con esos enormes y diáfanos ojos azules hartos de urgencia. Yo no pude hacer otra cosa más que perder de momento mi infantil tragedia para quedar toda enternecida. Knut, aunque tosco e imbécil, era la viva descripción del amor, por lo menos lo pobre que yo podía entender del amor en aquellos días. Aún me recuerdo trepada sobre los hombros de aquel mastodonte pelirrojo hasta muy entrada la tarde, cuando Lathgertha, impaciente, me llamaba a gritos desde el umbral de la casa.

-¿Se trata de Lathgertha? ¿Es algo malo? -regresé al cuestionario.

Knut sacudió la cabeza desgarradamente y enseguida me pescó de una muñeca. Grité, refunfuñé, supliqué, me contuve, pero nada logró que Knut me soltara y, jalada, permanecí dibujando surcos paralelos con los talones hasta trasponer la duna enfrente. Entonces, como por conjuro de un hada benévola, mi jaloneo fue extinguido por la visión más hermosa en mi corta vida: como si se tratara de un fabuloso y adormecido titán, un majestuoso galeón descansaba meciéndose apaciblemente sobre las aguas tranquilas. En un solo movimiento, Knut me elevó por los aires y me echó sobre su hombro izquierdo al mismo tiempo que descendía torpemente y hería a la duna con los pies.

Todo me daba vueltas. Abajo, la multitud se emborronaba con la irregular coreografía de mi captor. Luego fuimos en línea recta, y sentí que el aire me sería muy poco para proferir la sarta de maldiciones en mi cabeza.

-¡La hija de la mujerzuela! -escuché a alguien ante Knut cuando al fin detuvo su carrera.

Date vuelta, idiota. Date vuelta, gritaba yo imparablemente, agitando las piernas y golpeándole la espalda con los puños.

-¡De verdad que eres un imbécil, Knut! -continuó el hombre.

(El mayor imbécil del mundo, espetaba yo)

-¿Y cómo esperas que esta raquítica pueda ayudarte? ¡Ni siquiera puede

sostenerse por sí misma!

Entre pujidos y gruñidos que pretendían configurar una explicación, Knut me arrojó al suelo para después alzarme de uno de mis tobillos.

-¿Qué haces, tarado? -grité furibunda, intentando vanamente propinarle un buen golpe con mis raquíuticos y minúsculos puños.

-Está bien, está bien -cedió el hombre frente a nosotros después de aquella agitada homilía de balbuceos-. Si esta mugrosa es capaz de ayudar con la misma energía que escupe blasfemias, que se quede. ¡Pero te hago responsable de ella, Knut! Espero no arrepentirme.

Suspiró el hombre palmeando el aire al mismo tiempo que nos daba la espalda y se iba.

-Tal vez él no se arrepienta -arrastré la voz y trastabillé mientras me sostenía la cabeza-, pero verás que tú sí, Knut. ¡Tú sí, grandísimo imbécil!

El asunto era tan simple como llevar todo el equipaje acomodado en un gran montículo hasta las cajuelas de una decena de ostentosos carruajes.

Mi atolondrado e inmenso amigo se apuró a iniciar la labor mientras yo, aún mareada, lo seguía de cerca. Nos topamos con infinidad de valijas diversas en tamaño, forma y color. Knut nunca vaciló en ayudarme cuando mi famélica condición se veía vencida ante el peso de algún objeto a transportar.

El sol se alzaba alto, justo sobre nuestras cabezas, cuando yo acomodaba las últimas cosas y Knut recibía nuestra paga. Minutos después, en un rincón, como avaros usureros ante su cuantiosa fortuna, dividíamos el escaso pero lustroso botín. Inopinadamente, algo chispeó en la orla de mi sucia enagua. Ignoro si de mí vino la orden o de una misteriosa fuerza exterior, pero mi mano se deslizó por el espacio con ingrátida lentitud hasta captar la inquieta lucecilla. Se trataba de un rubí facetado de dieciocho milímetros, engastado en un anillo de oro desteñido. No menos perpleja pero con mayor detenimiento, contemplé la fabulosa criatura labrada en el octágono central de la preciosa gema. Era una esfinge de costado, sentada, con la faz de frente y las alas arqueadas sobre su cabeza. Esa es la escueta descripción, no obstante, lo esencialmente importante fue lo que sucedió después: una sensación que sólo podría comparar con lo que llaman éxtasis místico. Y así, con el burdo y primitivo sentido que puede dársele a lo sublime a través de palabras, diré que aquella exquisita joya me despertaba a una consciencia de falsedad, a una sensación de estar viviendo una farsa, una historia incompleta e innecesaria, y a la vez, de que el universo se contraía para penetrarme y hacer su morada en mi pecho insignificante. Aquella era, literalmente, la

llave del destino, de mi destino; era la apertura a mi espacio personal, a mi auténtico sentido del ser. Puedo asegurar que tal fascinación habría sido gustosamente mi estado infinito a no ser por el bárbaro despertar que me provocó el crujir de enormes ruedas sobre el empedrado.

La diligencia emprendía la marcha.

-¡Esperen! -me incorporé de un brinco-. ¡El anillo!

Lo concedo: ni el bobo de Knut se habría vencido ante una actitud tan increíblemente estúpida como aquella que me empujó a correr. ¡Qué imbécil eres, Gyda! ¿Por qué no sólo conservas la joya y así das término al cruel destino que tritura a Lathgertha y a ti? ¡Infinitamente estúpida!

Como sea, llegando a la carroza más cercana, me pesqué del picaporte metálico, y con un pie en el aire y el otro apoyado temerariamente en un minúsculo borde, esperé un mejor momento para reacomodarme y meterme a la cajuela. Ya adentro, debajo de aquel hilo lucífero penetrando por una rendija, la joya reclamó dictatoriamente mi mirada.

Quedaba en el aire el dilema del acto seguido a que se detuviera la diligencia: ¿a quién acudiría?, ¿qué explicaría?, ¿cómo me justificaría estando en una situación tan desventajosa, tan frágil y visiblemente repugnante? Y aun más que todo aquello, ¿cómo podría yo sobrevivir la pérdida de una joya tan inexplicablemente mía? Respuestas no las tenía, sólo la etérea certidumbre de estar siendo guiada a lo correcto, o mejor dicho, a lo preciso.

Casi tres horas después se detuvo la trémula marcha. Me apeé con sigilo para transformarme en un acento titánicamente desagradable para tan esplendoroso lugar. De arquitectura ostentosa y perfecta eran los grandes bloques que perfilaban la calle ante mis ojos perplejos.

Retrocedía con taciturna lentitud cuando me topé con un cuerpo. El anillo, puedo asegurar que con propia voluntad, brincó de mis manos. El responsable de mi tropiezo se deslizó imperceptiblemente, en una fracción de segundo, hasta enfrente. Acuclillado, tomó la joya con gracia inverosímil.

-Gracias -susurró el hombre al anillo, como si se tratara de un ser vivo- por haberla traído hasta mí.

Volteó a mirarme y entonces fue como si la hermosura eterna e infinita, no pudiendo ser contenida por los rasgos de aquel rostro increíble, se hubiera desbordado en la forma de enormes alas que me envolvían y me sostenían en el aire.

-Lo siento mucho, señora mía -susurró a mi oído aquel que sin duda era un ángel- Me apena desgarradoramente lo que sigue, pero, por desgracia, no existe otra manera de hacerla despertar.

Yo seguía hecha una efigie de carne cuando escuché al querubín pedir asistencia. Un hombre gordo y sucio acudió al llamado.

-¡Llévate a esta sucia ladronzuela y haz con ella lo que debas! -dijo con matiz que no podía ser menos dulce a pesar de la imperiosidad.

Luego, me hizo un guiño.

Ofensivamente opuesta fue la opresión de aquellas manos gordas y asquerosas que me arrancaron del sopor para azotarme contra la bruta realidad. Con la consciencia enmarcada en su justo sitio, rompí la opresión con relativa facilidad y me precipité hacia lo incierto.

No son frescos los detalles, sólo hay una masa agitada de imágenes en desorden: mordiscos y patadas abriéndome paso entre mis numerosos perseguidores. Enseguida, calles y callejuelas, y sin más, me veo acorralada. Restos de muebles despedazados me cierran el paso. Intento escapar sobre el conglomerado de astillas pero ellas, traicioneras, me derrumban hiriéndome las manos. Luego, La delirante procesión me cerca.

No hay escapatoria. ¡No hay escapatoria!

Hago un último intento. El fofo líder de los perseguidores grita algo así como ¡adónde crees que vas, mugrosa! mientras me sostiene con una mano y luego me arroja.

Es un fuego, una llama líquida que se me escapa del cuerpo. Y entre borbotones de sangre, miro la estaca que sobresale de mi estómago. Los reunidos en torno a mi accidental ejecución, aterrados, comienzan a huir.

Y así, en completo silencio y sin más presencia que la cruda agonía, la muerte me ofrenda ese regazo suyo que no es más que oscuridad absoluta...

Capítulo 2

ADIÓS A EVA

En el principio era la matriz, era la placenta que se desgarró con mi desesperada lucha para brotar. Y en medio del hedor y la viscosidad, grité.

¡Qué ironía que sea el nacimiento una inmensa agonía!

Cuando despierto, hay voces emborronadas en el pasillo fuera de la habitación. Aguzo el oído y las palabras se aclaran sonoramente, pero su significado sigue huidizo pues son dichas en un idioma que desconozco.

La primera respuesta de mi cuerpo responde al instinto, enderezándome de golpe, haciéndome brincar fuera de la cama, sacándome el camisón en un solo movimiento y buscando con ojos dislocados y manos frenéticas sobre el vientre. Nada hay ahí, ni dolor ni marca, como es lo mínimo de esperarse.

No lo creo. No puedo.

Con el rabillo del ojo encuentro un gran espejo empotrado en la pared y decido aliarme a él para estrangular la burla que construyeron mis ojos. Casi me desplomo cuando mis piernas resienten un sádico golpe de adrenalina. En el reflejo no hallo una adolescente ordinaria y tosca, sino una jovencita de belleza inconcebible, totalmente desnuda. Yéndome para atrás, el lecho me detiene, mientras la niña ante mis ojos repite mis movimientos a la perfección.

Aterrada me enredo entre los cobertores. La cabeza está a punto de reventarme en pedazos. Siento ganas de vomitar.

-No tenga miedo, señora mía.

De la nada, ésta, más que una frase apaciguadora desde los labios de un hombre, es una canción liviana y dulce.

-¡Déjeme ir! -de mi boca se desprende un armonioso silbido que debería ser un gemido aterrador y que definitivamente no suena a mí-, ¡por favor, váyase! ¡No me haga daño!

-Me apena mucho que haya tenido que pasar por esta dolorosa experiencia -dice el hombre que, como una aspersión de copos de nieve, posa la mano sobre mi hombro-, pero como ya se lo había dicho, no había

otra manera de que usted despertara a la Nueva Vida.

La palma sobre mi hombro va desplegando una sensación adormecedora. Los hilos con los que el terror me había hecho su títere, desaparecen. Mágicamente mis latidos se regulan y mi respiración se hace pausada.

-¿Quién es usted? -logro preguntar, aún oculta bajo mi mullido refugio-, ¿qué quiere? ¿Por qué me trajo hasta aquí?

-Me llamo Patrick -por primera vez, mis oídos se deleitan con aquel exquisito nombre que a la fecha me hace estremecer inconteniblemente-, Patrick Bonham; y he venido de muy lejos para rendir honores a la princesa que acaba de nacer.

¡Y qué demonios tengo yo que ver con todas esas chifladuras! De cualquier modo, en ese momento sólo hay una cosa que me preocupa.

-Quiero vestirme -bisbiseo con una tranquilidad que me sorprende a mí misma-. Necesito estar sola.

-Desde luego, señora mía -dice Patrick con sumado bochorno en su voz-. Disculpe mi atrevimiento.

Lo escucho salir. Desde debajo del cobertor, a ciegas, tanteo con la mano para tomar de nuevo el camisón en el suelo, pero ya no está ahí.

Evitando el espejo en cada segundo, me asomo y veo que la única alternativa es un ostentoso ajuar que descansa en el pie de cama. Abandono el lecho, enredada en el cobertor. Busco otra vez, con la mirada, constatar mi sanidad. Como ya lo dije, estoy ilesa. Deslizo, incrédula, mi mano sobre esa perfecta piel de durazno, y sin premeditación, rozo apenas mi Monte de Venus. Sin más, un mechón de finos rizos se desprenden de mi piel, dejándome una remarcada ausencia. Me reviso extrañada y aquel insignificante tocamiento logra que el resto de las castañas hebras, dóciles como hierba muerta, abandonen sus posiciones destilando un olor penetrante como de madera podrida. Mi pubis queda totalmente expuesto. Asqueada me sacudo las manos.

Sin perder ni un minuto la exacerbada sensación de bochorno, de que es un pecado mortal ataviar a una piojosa como yo con ropajes tan pomposos, me arropo taciturnamente.

Entonces, a la vez que me arreglo las mangas, al fin caigo en la cuenta de que llevo puesto en el anular derecho el anillo culpable de toda aquella demencial aventura. La joya, muy a pesar del recuerdo por el que debería aborrecerla, centellea en mi dedo germinándome una sonrisilla.

Poco a poco, mi mirada nubla los trazos del anillo, y con sorpresa redescubro mis dedos, blancos, delicados y afilados, moviéndose con una gracia sorprendente que hace bailar sobre el muro la débil sombra de un día joven. Aún me encuentro extasiada por aquellos escorzos cuando sin darme cuenta quedo frente al espejo. Atrapo un sollozo con las manos. No puedo expresarlo de otra manera más que diciendo que me he convertido en un ángel prófugo de un lienzo renacentista. La emoción me despoja de dos perlas que desde los ojos me mojan las sonrojadas mejillas.

Temblando, me llevo los dedos hasta la cabeza. Nada queda ya de aquella masa conflictiva, sucia y maloliente que me coronaba. Larga, lacia, como cascada áurea vertiéndose sobre mis hombros, mi cabellera me arranca un nuevo sollozo. Tomo esas hebras sedosas y perfumadas y en ellas sumerjo el rostro.

Llaman a la puerta. Sin esperar a que yo responda, una mucama abre y entra. Tras una tímida genuflexión, deja un plato cubierto con un cloche metálico y una botella de vino sobre la mesilla que yace junto a la ventana. Luego se va.

Todo parece encajar con mi conclusión de que en realidad he muerto y que me encuentro en el Cielo hasta que esa conjetura se derrumba de pronto con el salvaje gruñido de mis tripas famélicas.

Zigzagueo hasta la mesilla y en un ridículo ademán histriónico, retiro distraídamente el cloche metálico. Casi babeo sobre el faisán asado con verduras que me abofetea con su delicioso aroma. Mis dedos digitan nerviosamente sobre la mesilla antes de asaltar el plato. El bocado que se deshace en mi lengua casi me hace desfallecer. En un instante, el ángel que aparento ser desaparece ante la indigente que soy en realidad y que desmiembra el faisán como un bruto animal carroñero.

-¿Está más tranquila ahora, señora mía? -de la nada se materializa Patrick junto a mí, sirviéndome vino en una copa de cristal cortado.

Literalmente brinco como un gato, trastabillo y me voy hasta el suelo. No transcurre más que medio segundo antes de que me ponga en pie y amenace a Patrick alargando un tenedor de plata. Él me mira impasiblemente, ofreciéndome por primera vez la visión de su perfecta y pulcra figura, su faz perfecta, sus ojos enormes, deliciosos e infinitos. Quedamos así un momento, con mis jadeos envolviéndonos, y luego Patrick estalla en una carcajada.

-¡Qué es tan gracioso, bastardo! -bufo impensadamente-. ¿Acaso tengo pinta de bufón?

-Perdón, señora mía -trata con esfuerzo titánico de controlarse-. Es sólo que no puede ser poco deleitoso para mí constatar que, a pesar de que los

siglos han pasado, en usted aún se mantienen intactos el carácter indomable y la sublime gracia en el movimiento que bien templan a las de su estirpe, las hasa.

-¡Deja ya de decirme señora, maldito chiflado! -vuelvo a chillar-. ¡Estoy harta de tus disparates! ¡No sé qué diablos me hiciste ni con qué brujerías me has cambiado! ¡Lo único que quiero es largarme de aquí, ya!

-Sé -retoma Patrick con la sobriedad recuperada- que debe resultarle imposible de entender toda este enredo de eventos. ¡Qué más quisiera que transmitirle en un solo soplo toda la complejidad que comprende este asunto! Pero es imposible. En resumen, permítame decirle que, en efecto, como ya lo dedujo, usted ya no es la que era. Gyda Skjaldmö falleció hace tres semanas para dar espacio en la corporeidad a Aljaruxa, soberana absoluta de las hasa.

El tenedor se desprende de mi mano temblorosa. ¡Cómo que morí hace tres semanas! El terror me hace de jalea las piernas y caigo de espaldas. Patrick está ahí antes de que alcance el suelo. Me atrapa. Los contornos pierden color y consistencia.

-Déjame ir -balbuceo-. Quiero... quiero ir con mi mamá.

Todo se extingue.

Cuando recupero la consciencia, enmarcada en una ventanilla está, primero difusa y poco a poco tangible, aquella pocilga a la que llamo casa. Estoy dentro de una carrosa. Patrick me mira indolentemente desde el asiento contrario.

-Usted es libre, mi señora -susurra mientras abre la portezuela-. No está obligada a aceptar el Don que por derecho merece. Puede irse.

Muda me apeo. Afuera se desata una lluvia torrencial. Doy los primeros pasos tambaleándome. Volteo y la portezuela sigue abierta; la carrosa inmóvil.

No me creo que haya alternativa. Algo me afirma que no hay posibilidad de rehusar el trono que Patrick me ofrece.

Ahora sé que no me equivocaba.

Un grito desde dentro de mi casa. *¡Ven acá, maldita perra!* Un golpe seco. *¡Suéltame, Erik!*

Es Lathgertha.

Vuelo sin saber cómo y de un empujón destrozo la puerta. El bamboleante y enorme cerdo voltea a verme con ojos embriagados. Lathgertha se retuerce y jadea en el suelo, con el vientre reventado en una fuente roja.

Me lanzo sobre el asesino. Él trata de acuchillarme con un movimiento de una torpeza y una lentitud risibles. Lo pesco de la muñeca y lo hago girar por el aire como si se tratara apenas de una canasta con enseres. El enorme cuerpo se proyecta por la ventana con un crujido ensordecedor. Cruzo el enorme boquete de un salto y me voy encima del remedo de cuerpo que ha quedado en el suelo.

Rujo, literalmente.

Pero cuando estoy a punto de dar rienda suelta a mi sádica determinación, Patrick se interpone. Nada dice él. Su semblante es tan helado como la cascada vertiéndose. Aterrada contemplo que en el lugar donde deberían estar mis manos llevo un par de zarpas. Grito, con algo de humano en la voz, y entonces me precipito donde Lathgertha. La sostengo. Ella me mira con ojos desorbitados.

-¡Mamá, soy yo, Gyda!

Ella se retuerce entre mis brazos; me mira, se aferra, boquea, pero no estoy yo en su agonía.

No me reconoce.

-¡Mamá, por favor -gritando la abrazo-, soy yo, Gyda, tu hija!

Ella sólo se apaga. Se me va sin siquiera saber quién soy.

Y así, como Lathgertha, Eva también se me extingue entre los brazos.

Inconsciente y trágicamente digo adiós a la estirpe de los humanos.

Qendlallá me abraza...

Capítulo 3

¿QUIÉN SOY? ¿QUÉ SOY?

Era el sexto día cuando Dios culminó su obra dando vida a la criatura más sublime de todas: "...hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza..." Pero ocurrió que Adán se halló confundido y triste al contemplar su soledad. Entonces vino a existir la mujer por bendición del Creador. Y de Eva hijos son los que en grandes multitudes poblaron la Tierra. Mas el soberbio Demiurgus, Señor de las Noche, parte quería en La Obra de Aquel que todo lo sabe y conoce. Un ser espantoso y temible de nombre Liliuh, fue enviado como emisario a hurtar de Adán la semilla que daría a la estirpe de los malditos el poder de vagar sobre la Tierra, como cualquier Hijo de Eva. Y fue así como Caín, príncipe de los demonios en la carne, vino a andar sobre dos piernas. Hijos suyos son todos aquellos que acechan en tinieblas, que atormentan los espíritus de los hombres devorando sus carnes, bebiendo su sangre... hurtándoles la vida.

Entre leyendas y verdades, la historia nos es relatada así. Mas hoy apenas conocemos que un capítulo de esta epopeya oculto nos fue: cuando El Reino fue dividido en Luz y Tiniebla, existió un linaje de príncipes celestiales que no hallaron beneplácito en el Día o en la Noche. Sabido es que la penumbra jamás complacerá al Todopoderoso y por ello estos soberanos arrojados fueron a la faz de la Tierra. Qendlallá, embajadora de los exiliados, bajo el velo de bella mujer, sedujo en sueños a Adán y fue así como la carne vino a los príncipes de penumbra... los hummbalkar...

Así dicta el Génesis del Drave-Dha, Libro Sagrado de los de mi especie, con una traducción más o menos fiel. Patrick recitaba estos versículos una y mil veces al día durante los primeros años de aprendizaje. *Mis palabras han de correr por sus venas*, decía al concluir el sermón sin fallar ni una vez. Y aun así, me sentía incapaz de entender lo que yo realmente era. Sentía frío y calor, hambre, sed, sueño, y por si fuera poco, un ansia insaciable de ser tomada sexualmente; todo lo dicho como lo experimenta cualquier vulgar e insípido mortal. Sin embargo, también era capaz de remontar el vuelo, fugarme en forma de vapor por una rendija minúscula y mutar mi rostro grácil en una horripilante máscara infernal. Podía leer la mente de cualquiera -excepto la de Patrick, obviamente-: veía los deseos lúbricos del sacerdote al levantar la ostia consagrada y la explosión amorosa y pura de la meretriz al despedir al soldado después de dársele entera. Pero sobre todo, más espantosa que cualquier otra particularidad, era mi insaciable sed de sangre cálida y burbujeante, de esa primera que brota al reventar la piel con los colmillos y que colma la boca hasta sus

lindes. Consciente de la bestialidad que instante a instante se fortalecía en mis entrañas, mi tutor tomó las riendas con prontitud y comenzó mi aleccionamiento. Me guiaba a altas horas de la noche entre callejas serpenteantes hasta que nos topábamos con algún desdichado, siempre de sexo masculino. *Las mujeres intuyen...*, explicaba Patrick, *...Han aprendido a "mirar" en escondrijos velados para los hombres. Les resulta más fácil descubrir los artificios. De ahí el motivo que nos inclina a tomar varones para estas empresas.* Acto seguido, intercambiaba tres palabras con la víctima y entonces, mágicamente, ésta se quedaba impávida, con la mirada extraviada y los labios tiritando. Las primeras ocasiones me lanzaba literalmente sobre el idiotizado con la franca intención de hacerlo trizas. Afortunadamente, Patrick jamás me permitió consumir tal salvajismo. Me asía delicadamente pero con firmeza hasta que yo recuperaba la cordura. Entonces él tomaba la iniciativa indicándome la propiedad con que se debía herir, beber, sorber y lamer. Después, con un grácil ademán me invitaba a participar. Observaba meticulosamente que yo cumpliera al pie de la letra sus instrucciones y enseguida, cuando lo creía pertinente, me apartaba. *Suficiente*, me decía. Pero yo sentía que aquello no era verdad. Quería más, mucho más, lo que fuera necesario para apagar esa sensación de que algo se me estaba pudriendo por dentro, o de que un paisaje árido, infértil, expandía sus fronteras a cada instante que pasaba, dejándome marchita. *Un poco de hambre y un poco de frío, Gyda...*, sermoneaba el profesor que para esos momentos ya había dejado atrás los formalismos exigidos por el protocolo y empezaba a tutearme. *...Es así como aprendemos a dar el valor justo a las cosas.* Tampoco me permitía prenderme de donde se me ocurriera de primer impulso. Tenía que ser de un sitio propio, como los bíceps o las muñecas, de una pierna con cierto atrevimiento, pero siempre y cuando se tratara de la parte media, poco más arriba de la rodilla. No pensar siquiera en morder cualquier otro lugar ya que era una verdadera ofensa para los buenos modales. Y del cuello. El cuello era un caso singular. Beber de él no era una simple falta de educación sino una auténtica aberración, un degenerere estratosférico. *Cuello* era una palabra tabú cuando se trataba de beber sangre. *Somos Hijos de Qendlallá...*, decía con solemnidad que caía en lo absurdo, *...no bestias inmundas, títeres de una pasión desenfrenada*, concluía haciendo referencia a los upiers, Hijos de Liliuh, los vampiros, a los que siempre denigró y odió profundamente. No recuerdo un momento en que las cosas fueran diferentes: odio jurado para los vampiros y profundo respeto para los Ischim, los Hijos de Eva. *Al igual que nosotros...*, decía refiriéndose a los humanos, *...están en busca de su redención. Debemos ayudarlos como mejor podamos, a sabiendas de que sin importar su fragilidad, están en condición de devolvernos favores. No son nuestro ganado...*, puntualizaba, *...Tomamos de ellos sólo lo necesario y después partimos.* Insistía en observar un gran respeto por la vida de los ischim. Decía que bajos los harapos de un mendigo podía estar oculto un monarca. *Si le quitas la vida a un ischim, excluyendo casos particulares como la defensa propia, te arriesgas a perder el equilibrio. Desatar un caos universal es mucho más fácil de lo que te imaginas.* Recitaba su

doctrina y la aplicaba sin omitir ni una coma, por ello me enseñó a sellar las heridas después de haberme alimentado. Con una acción que en apariencia es similar a la que hacen los humanos al desflemarse, arrojaba cierta sustancia viscosa y amarillenta llamada *kadishy* que coagulaba la sangre al tocamiento.

Mi sentido del olfato era otro elemento que se había desarrollado descomunadamente. Patrick lo sabía y de igual forma se sentía obligado a amplificar y depurar tal virtud. Muy a mi pesar, tenía que permanecer sentada en la terraza durante horas mientras mi instructor señalaba con el bastón el objeto que deseaba yo desmembrara en su infinitud de matices olfativos. A veces eran cosas, otras más eran seres vivos, y ya en grados más elevados, me exigía descifrar los olores dentro de cierta casa perdida allá en el horizonte. Me volví tan calificada para eso que después era capaz de distinguir el olor de cosas como la electricidad, el agua o el fuego puros. Yo, en particular, destilaba una fragancia ácida y amarga a la vez. *Es tu sannanzarah*, me decía, *Es el perfume característico de las de tu estirpe. Cada linaje hummbalk posee un sannanzarah distintivo. Tienes que aprender a distinguir cada uno de ellos, y no sólo eso, también debes ser capaz de ocultarlo. Ello, en la mayor parte de los casos, te evitará enfrentamientos ya que te hará invisible, imperceptible, irreconocible no sólo para los hummbalkar, también para los úpiros.* La técnica consistía en sujetar el aroma, algo así como contener la respiración, pero al igual que esto último, el resguardar el sannanzarah no se puede hacer por mucho tiempo. Bajo una rigurosa práctica tuve que llegar a retenerlo durante muchos minutos, como si fuera un buzo profesional. Por su parte, mi maestro parecía dominar tan bien aquella tarea que jamás me dio su olor. Tiempo después, comprendí que eso era inverosímil. No había más explicación que ésta: los de su género carecían de sannanzarah. Cómo era posible y por qué, eso no lo sabía y me daba miedo indagar sobre ello.

Con los ojos clavados en el espejo, recorriendo con los blancos dedos los trazos sublimes de mi faz, cuestionaba a mi tutor:

-¿Quién soy? ¿Qué soy?

-Eres -contestaba ceremoniosamente-, al igual que yo, un hummbalk, un ángel encarnado, un ángel de penumbra. Existen siete Príncipes de Luz que contemplan día y noche el rostro del Todopoderoso: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Simiel, Orifiel y Zachariel. Del lado opuesto, existen siete Príncipes de Tinieblas cuyos nombres son los de los siete pecados capitales: Gula, Ira, Envidia, Lujuria, Avaricia, Soberbia y Pereza. De igual modo, existen siete Príncipes de Penumbra: Qendlell, Engender-Schtranks, Anakutt, Hassa, Kaennanh, Dzimeleq y Vrakka. Y a ti, señora mía, que naciste bajo el signo de Las Exaltadas, te corresponde llevar el Cetro y la Corona de las Doncellas de la Luna, las hassa.

Al concluir el discurso, me veía más confundida que al principio. Con gesto desencajado, rogaba por una pausa de varios días para digerir la cuestión, sin embargo, Patrick parecía demasiado encausado como para frenarse:

-Para todo príncipe hummbalk existe un Espíritu Único que sobrevive a siete ciclos antes de volver al Creador para ser juzgado y asignado al mundo de la Luz o de las Tinieblas. A su vez, cada ciclo consta de siete reencarnaciones las cuales gozan de títulos singulares. En el caso de las hasa, estos títulos son Zirga, Aljaruxa, Xeshme, Haynnar, Ainabeth, Wbrah-jizh y Dáinahzu. Tú eres la segunda reencarnación del primer ciclo, significando esto que antes de ti existió Zirga, y por derecho te corresponde el nombre de Aljaruxa. El Ánima Original que habita en ti, perteneció a Zirga, y se mudará a Xeshme cuando la hora sea propicia. Así, siete veces siete deberá reencarnar el Espíritu Único de cada linaje antes de alcanzar su meta definitiva.

El asunto era verdaderamente perturbador, ¡como para perder el juicio en un santiamén! Fue necesario el correr de muchos meses antes de que yo pudiera entender que la cuestión era mucho menos complicada de lo que parecía: mi cuerpo se había convertido en una de las cuarenta y nueve moradas que eran necesarias para que uno de estos Siete Espíritus Nobles, ángeles renegados, cumpliera su karma hasta hallar su salvación o perdición. Así de simple.

Sin embargo, aún había muchos cabos sin atar. Por ejemplo, ¿qué era lo que unía a los hummbalkar con los upiers y que nos hacía tan parecidos en ciertos aspectos? Mi instructor pareció tan molesto por mi cuestionamiento que su gesto me intimidó al punto de hacerme retroceder.

-Ellos y nosotros -contestó al fin-, somos ángeles capturados por la materia. Sin embargo, es simple ver que aquel que habita en el cuerpo de un úpiro, es un demonio, un espíritu impuro que eligió la oscuridad como refugio. En cambio, lo que mora en nosotros, es un ángel en proceso de redención. Ellos ya hicieron su elección irrevocable al reverenciar a la Noche. Nosotros, Al igual que los ischim, aún gozamos del privilegio de elegir entre Luz y Tiniebla.

Aquella respuesta me había dejado las cosas más que resueltas. Por todo lo explicado era posible que fuera tan fuerte física, psíquica y metafísicamente como un vampiro, y que al mismo tiempo, experimentara las pasiones, fortalezas y debilidades de un humano. Ahora me concebía como un puente entre el mundo de los Hijos de Liliuh y el mundo de los Hijos de Eva.

Era yo Aljaruxa, futura monarca de las hasa, una orgullosa Hija de

Qendlallá.

Europa. Corría la década entre 1770 y 1780. Patrick se mostraba fascinado sin reservas por el esplendor intelectual que abarcaba todo ámbito de este quebradizo género humano. Después del desierto de la edad media y el preludio del renacimiento, el mundo de los ischims se abría por fin como un oasis hartado de pozas cristalinas, y de todas éstas, el abrevadero que prefería mi maestro para saciar su sed, era el de las artes. Aún lo recuerdo llenar el espacio con su Stradivarius que alborozado trinaba las notas escritas por *il Prete Rosso*, el maestrino Vivaldi. Las veladas, donde amplias salas a la luz de batallones de candelas eran abarrotadas de artistas e intelectuales, eran cosa obligada de todos los días. Y qué decir de la abundancia de manjares y confites. Sólo que eran más que propios para acompañar aquel derroche cultural. Aseguro sin miedo a equivocarme que escenas tales suscitarían pinceladas aún más soberbias al mismísimo Rembrandt si no se hubiera extinguido un siglo antes. ¡Qué mundo más divino! Aún esos recuerdos me llenan los ojos y los oídos del alma y siento mi garganta estrangularse.

Obligado era referirte a las hazañas de Leopold Mozart y sus hijos Wolferl y Nanerl si tu intención era conversar de noticias frescas en la esfera musical. El mismo Patrick observaba una profunda admiración por esta familia oriunda de Salzburgo. Sin duda alguna, influido por los prodigiosos recitales del pequeño Gottlieb, fue que mi mentor decidió darme clases de piano, y puedo asegurar, sin afán de vanagloriarme, que a pesar de haber sobrepasado por mucho el número de años ideales para empezar a aprender, resulté ser más que virtuosa. Con una sonrisa que parecía cruzarle la cara de oreja a oreja, Patrick contemplaba a sus pasmados colegas ante esta chiquilla brillante que interpretaba a Bach con sublime perfección. Vivía yo con tal intensidad y fascinación que empezaba a olvidar lo que realmente era: una hummbalk, de las hassa la futura monarca. El mismo rumbo hubiera sido marcado con mis huellas de no ser porque esa pasión en mis entrañas que extrañamente había hibernado por meses varios, estaba empezando a desperezarse: día a día me sentía más lujuriosa, más necesitada de caricias obscenas. Estaba perdiendo el control y sabía que muy pronto ni siquiera el recuerdo de Lathgertha ya podría contenerme. Ahora concluyo que toda aquella inmersión en el fabuloso mundo de los hombres, no era más que una treta del mismo Patrick para que yo me exorcizara la naturaleza lasciva propia de las de mi estirpe. En fin, si ese era su propósito, resultó vano.

Estábamos en una de esas tertulias mencionadas y yo ejecutaba no sé qué al piano. Yacía allí Antonieta, en primera fila. Minutos antes había tenido un encuentro ardiente con el hijo del general Paolo; y por razones que desconozco, a punto de hacer el amor en una de las habitaciones, se habían interrumpido. Veía y sentía a Antonieta perfectamente bien desde

donde me encontraba. Ahí, sentada, toda ella transpiraba deseo: su frente perlada de sudor; sus jadeos incontrolables; su voluptuosidad trémula a punto de saltar de ese escote indecoroso; entre los muslos, un hedor que no podía ser contenido y que se intensificaba en mi nariz con el agitar de su abanico. Sólo recuerdo haber sentido semejante arrebató cuando bebí sangre por primera vez. Mis dedos se negaban a continuar, a rozar siquiera una tecla más. Debía llevarlos ahí, al núcleo de mi excitación y hacerlos complacerme. Trastabillé más de una vez antes de que la resistencia se quebrara y me precipitara como una loca sobre el pasillo y luego escaleras arriba. Entré en el cuarto y aseguré la puerta. Era el mismo recinto donde Antonieta viera frustrado su deseo de ser poseída. Podía olerlo. Me eché sobre el lecho y lo husmeé. Enredada entre los cobertores, aún había suficiente esencia de su sexo mojado. No podía contener más mi naturaleza carnal. La quemazón llegaba a tal ímpetu que parecía que mi ropa interior se empezaba a derretir. Me deshice trabajosamente del estorboso ajuar y, por un minuto, sólo me contemplé de frontera a frontera. Sin cabida a incertidumbre, era yo una versión moderna del Narciso mitológico: me gusté por vez primera, deseé mi belleza y ansié hartarme de siseos y de gritos, de asperezas y tersuras, del perfume y del rocío que gesta la cadencia. Entonces, con la respiración entrecortada, dejé que mis dedos se deslizaran sobre esa fina y tersa almohadilla tajada por en medio. Mi mano totalmente colmada de mi sexo, comenzó a palpitar. A tiempos la hacía vibrar con delicadeza y a tiempos con frenesí. El cortejo rendía frutos y los frutos, con su néctar, mojaban profusamente. Clamando por un digno bocado, se desplegaron mis fauces puntualmente. La espalda y los pies apoyados sobre la cama, las rodillas hacia el techo, la siniestra ocupándose en las cumbres yertas de mis senos. Estocando al compás del deseo, dos dedos fueron más que bastantes. Me mordí los labios para acallar el primer alarido y luego, sin pausa, me lancé en la búsqueda de la revancha. Entonces, con un tercero y un cuarto dedo en la intimidad, algo incompresible arrebató mi espíritu a espacios desconocidos, sumergidos en delicias no terrenas e infinitas: la delirante resolución me asaltó cual borrasca. Ausente de mí, hueco, flácido, quedó mi cuerpo tumbado como una cáscara.

Capítulo 4

MORGANA

De un salto abandoné el suelo para hallarme envuelta en brumas lechosas. Ekhe nah io, parecía rumorear esa ráfaga helada que desnudó el paisaje boscoso. Ekhe nah io, se me guiaba una vez tras otra mientras de aquí a allá me iba en una búsqueda desesperada e ignota. Después, sin respuestas, desperté. Mis párpados se abrieron a la mañana de un día nuevo.

Londres, 1786. Habían pasado diecisiete años desde que Gyda Skjaldmö cediera este cuerpo a Aljaruxa Hassa. Las largas y extenuantes horas de aprendizaje poco a poco fueron cediendo a más extensos momentos de reposo. Patrick me dejaba sola más tiempo de lo usual. Partía apenas acaecida la tarde y no regresaba hasta muy entrada la noche; y aunque él nunca me lo advirtió, yo sabía que estaba terminantemente advertida a no asomar siquiera las narices por el balcón. Podría pensarse muy válidamente que yo disfrutaba entonces de una paz rumbosa después de tantos años de yugo, pero no me era así. Me había acostumbrado a una actividad constante de sol a sol y ahora que se fracturaba el esquema no podía hacer otra cosa que aburrirme a mis anchas. En un principio aceptaba la reclusión con un respeto ciego, un temor visceral asido de no sé qué absurdos. Mas todo tiende a irse a formas distintas. Fue un día en que me acicalaba, a punto de ir a la cama, cuando frente al espejo se me extravió la imagen de la chiquilla golosa que conocía en mí. Se me declaraba en mi reflejo la tez blanca de una mozuela brotada apenas del tallo, sin embargo, si aún viviera sometida al grillete de los lazos mortales, debería tener treinta años. Me sentí absurda. Entonces fue cuando tuve por vez primera un pensamiento umbroso acerca de Patrick: él se burlaba de mí. Era su labor un tiránico afán por prenderme con lazos sólo propios de la niñez. Me requería infante perpetuamente sólo por antojo, atada a esa fascinación estúpida por las confiterías y las tiendas de muñecas. Rencor e impotencia fueron hermanados con el fin de victimarme. ¡Mil veces déspota! ¡Engreído! ¡Tirano! ¿Qué se creía? Era yo una mujer. Mujer, con todo el desglosamiento que es posible hacer a esta condición. Era fuerte y capaz, bien provista de aptitud para disponerme a asuntos audaces. De qué me serviría todo ese fastidioso entrenamiento si no era para salir a la calle y enfrentar lo que viniera. ¿De qué? En definitiva, no había más rodeos que hacer a la cuestión. Me eché encima lo primero que encontré y abrí las puertas de la terraza de par en par. Afuera, una noche espesa y fría se había cerrado sobre la ciudad. Pronto me hallé suspendida en el aire, entre volutas grises de bruma que se

hendían a mi vuelo. Después de diecisiete años por fin era libre, libre de hacer lo que quisiera y estar donde me placiera. Nunca más sería una Larva. Ahora era ya mariposa, una mariposa nocturna, enorme, terrible, temible.

Con la ausente gracia que caracterizaba mis descensos iniciales, me tambaleé sobre el empedrado. Levantándome, palmeándome las ropas bajo el influjo de un crecido bochorno, eché una ojeada en la búsqueda de alguna risilla burlona oculta entre las sombras. Era sólo una calle amplia, sola, oscura como fauces de lobo. Suspiré. Consistió mi primera convicción en no adentrarme en la pueril aventurilla sin unos sorbos de cálida sangre. Así me decidía, disponiéndome a cumplir con la apetitosa proposición, cuando algo sorprendente vino a barrer conmigo dejándome tumbada. La turbación aún no acababa de ocuparme por completo cuando un cuerpo insondable me apresó. Por impulso me provoqué un estallido que arrojó muy lejos la cosa aquella. De un salto quedé vigilante. Creí frontal la siguiente embestida, no obstante, mi atacante me cayó por detrás. Haciéndola de hostil montura me sacudí al depredador y éste fue a impactarse atronadoramente al muro frontal. En vano esperé un tercer ataque. Con claridad sentía que aquel misterioso enemigo se había doblegado ante mi tenaz defensa y ahora corría sin freno, apartándose con extraordinaria rapidez. Se me escapó una carcajada estrepitosa, tinturada de nerviosismo, con tenue matiz de satisfacción. Las tembleques piernas me impulsaron pasos atrás y quedé apoyada en el muro; después, descendí inconscientemente hasta quedar en cucullas. ¡Qué satisfacción aquella! Bien o mal, había sorteado positivamente mi primera situación audaz. Minutos después, cuando el corazón menguaba su tamborileo inicial, una punzada aguda atrás del hombro izquierdo doblegó mi intención de erguirme y me regresó al encogimiento. La mano derecha se me bañó de sangre sobre una herida zigzagueante y profunda. Entonces, fui absorta por unas ansias que expandieron mis dimensiones a un grado monstruoso.

-¡No puede ser! -aullé a la luna- ¡No puede ser!

Enseguida, me precipité sobre el rastro hediondo que mi agresor había dejado a su paso. Era yo una marioneta dócil al tironeo de la rabia; iba y venía, arriba y abajo, como un tornado irrefrenable por obstáculo alguno. La distancia fue un aliado enclenque que por mucho no fue capaz de dar asilo a aquel malnacido: ahí, en aquella cornisa, cada fibra de mi ser aguardaba ansiosa el arribo de la presa. Ya no tardaba. Sólo le había aventajado un par de kilómetros. Pronto su infeliz existencia acabaría sin siquiera saber la causa.

Salvajemente lo investí por la espalda. Rodó gran distancia y, para mi sorpresa, volvió a erguirse para reanudar su escape. Pasándole por encima, lo acosé de frente pero evadió todos y cada uno de mis zarpazos, y antes de escabullírseme entre las piernas, volvió a lacerarme. Por fin,

energúmena y dispuesta a finalizar las concesiones, volé tras sus pasos y tomándole de un tobillo lo arrojé contra una pared que al instante se hizo polvo con el impacto brutal. Se hizo un silencio expectante. Me acerqué con cautela.

-¡Ya entendí! -de bruces gritó la chiquilla entre nubes de polvo- ¡No me lastimes, por favor! ¡No sabía que eras como yo!

Los ojos razados de lágrimas. Aspiraba incesantemente tratando de contener el chorro de sangre que se le venía por la nariz. De tajo mi rabia fue permutada por asombro, decepción y vergüenza. ¿No sería aquello sólo un ardid maquiavélico para hacerme bajar la guardia?

-Voy a morir, ¿verdad? -sollozó- Me vas a matar...

Debajo de una capa de mugre se adivinaba una tez blanca como la nieve. Los cabellos hirsutos eran castaños y rizados; los ojos grandes, pardos, coronados por pestañas largas y curvadas. La figura esbelta y armoniosa. No había duda: debajo de esa apariencia roñosa había una mujercita extraordinariamente hermosa de no más de trece años.

-No voy a lastimarte -dije taciturna mientras se iban extinguendo los destellos ponzoñosos en mi mirar-. Perdóname. Yo no creía... es decir... yo no lo sabía...

Mejor era detener la monserga para antes ordenar el hervidero mental. En un gesto impensado, me agazapé para ayudarle, no obstante, ella me evitó asustada.

-En verdad -dije intentando sonar amigable-, te juro que no voy a hacerte daño.

Insufrible era su mirar aterrado. ¡Qué absurda me sentía!, ¡qué despreciable, baja y perversa!

-Créeme -insistí-. Estoy tan asustada como tú. Mira -le mostré mis manos que no dejaban de cernirse-. Eres tan rápida que me has puesto a sudar.

De mi parte, una carcajada fingida hizo descomunal esfuerzo para arrancarle apenas un esbozo de sonrisa.

-¿Puedo ayudarte? -le tendí la mano y ella aceptó con reserva.

Su toque fue gélido como la muerte, como una llama congelada que se me trepaba cual serpentina. Resistí milagrosamente al impulso de regresarla al suelo con un empujón. Se quejó al incorporarse y con una mano sostuvo su costado. Entonces, con los nervios ya en su justo, pude ser consciente del insoportable hedor que ella despedía. Literalmente olía a

muerto, a cadáver podrido. Regida por los dictados de la más propia cortesía, me abstuve penosamente de llevarme la mano hasta la nariz. Sólo un par de pasos y ella se detuvo apoyándose en la pared. Jadeaba sin tregua y su semblante era la máscara del auténtico dolor.

-Vamos a sentarnos -dije-. No llevo prisa.

-Estoy bien -farfulló-. ¡Por Dios! ¡A quién quiero engañar!

Empezó a llorar sin consuelo mientras deslizaba la espalda descendentemente sobre la pared.

-Déjame verte -le dije.

-Me duele mucho -gimió evitando mis manos que se encaminaban a la herida-. Normalmente cicatrizan pocos segundos después de abiertas, pero creo que ésta es demasiado profunda.

-Voy a revisarte -insistí con aire severo-. Ya te dije que no pienso lastimarte. Todo ha sido un mal entendido. Estoy apenada; sin embargo, tienes que reconocer que ambas nos habríamos evitado esta penuria si no me hubieras atacado.

-Eras un blanco fácil y yo tenía hambre, mucha hambre.

¡Blanco fácil! Aquello era peor que decirme novata, ingenua... ¡estúpida! Mi mueca pareció incomodarla y guardó silencio. Rasgué la ropa y entonces comprobé que la situación era grave. De la boca extraje una porción generosa de kadishy y se la unté en la carne expuesta. El alivio fue inmediato.

-Y dime -volví a intervenir-, ¿cómo te llamas?

-Soy Morgana -respondió con el gesto apacible que le había dejado mi ungüento-. Y tú, eres fuereña, ¿verdad? Tienes un acento raro. No eres una de ellos.

-No sé a quién te refieres cuando hablas de ellos, pero seguramente no los conozco. Hace apenas dos semanas que llegué. Mi nombre es Gyda Skjaldmö y me complace mucho conocerte, Morgana.

-Ahora realmente sé que no eres una de ellos -suspiró aliviada y se acomodó en su lugar, como dispuesta a entablar una larga y placentera charla entre amigas-. Eso es en verdad reconfortante.

-Dime, ¿quiénes son ellos?

-Tú sabes, los chupa-sangre del Elizabeth B., una casa de tertulias frecuentada por hombres y mujeres de baja reputación...

Lo que siguió, fue una desenvuelta explicación en rimbombante lenguaje, sobrada de pormenores. Me sorprendió escucharla hablar con tanta soltura de cosas que una chiquilla de su edad desconocería completamente. Tal vez era una anciana, tan vieja como Patrick. Entonces la impúber sería yo. Esa vaga impresión me turbó por completo y enseguida perdí la soltura inicial. En un acto desesperado me arrojé hasta el cuello, como intentando ocultarme de esa supuesta intuición arcaica. Ella parecía no enterarse de mis conjeturas o tal vez ni le interesaban y por eso continuaba su relato. Me explicó que el tal sitio llamado Elizabeth B. era el punto de asamblea de los úpiros de la región. Ahí asistían humanos ingenuos deseosos de placeres nocturnos. Tales personas sólo podían contar con dos alternativas: la pronta muerte o una esclavitud atemporal. Si el sujeto gozaba de la buena voluntad de sus captores, entonces le permitían irse y regresar cuantas veces lo deseara, haciendo de él una verdadera bestia de ordeña.

De pronto ella se quedó en silencio no por falta de palabras. Se veía en su tez una sincera intención de continuar hablando toda la noche, sin embargo, parecía más curiosa de contemplarme, escrutarme, saber qué era yo. Los ojos límpidos, grandes y oscuros, le chispeaban llenos de complacencia. Se inclinó hacia mí y husmeó cual cachorrillo travieso.

-Eres muy linda -se estremeció alegremente-. Eres en verdad tan hermosa y hueles tan bien como un campo lleno de flores. No apestas como yo y todos los de mi calaña.

Aquello me aduló al punto de hacerme olvidar mis temores y le devolví el cumplido con una franca sonrisa.

-¡Qué cortés! -intervine al fin-. Pero dime, ¿cuánto tiempo llevas de ser chupa-sangre?

-Un año -respondió después de hacer cuentas mentalmente-, más o menos. ¿Y tú?

Había descansado al escuchar su respuesta pero empezaba a inquietarme ante el compromiso de responderle mi edad. Ella comenzaba a inspirarme confianza, no obstante, podía ser muy peligroso que le revelara mi naturaleza, más que por ella misma, por esos del antro llamado Elizabeth B.

-Ciento treinta y cinco -espeté casi involuntariamente.

-¡Vaya! Sí que eres vieja. Eso explica la horrible zarandeada de hace unos

instantes.

-¿Y tú qué me dices de los porrazos que me propinaste? No fueron precisamente los golpes de una pequeñuela de un año.

Las dos soltamos la carcajada al tiempo que nos incorporábamos para partir.

-¿Tienes dónde alojarte? -preguntó sonriendo aún-. Si quieres puedes ser mi huésped.

Estaba a punto de rehusar su invitación cuando inopinadamente se me vino una sensación que en otras circunstancias me habría alegrado, pero que en esos momentos no era otra cosa que una señal de alarma: Patrick venía por mí.

-¡Largo de aquí! -grité sin explicaciones-. ¡Aún hay tiempo!

-Aturdida, me miró perplejamente. Ignoraba el peligro desbordado que le acechaba y que estaba a punto de echársele encima.

-¡Que te vayas, te digo! -tironeé de una de sus mangas-. ¡Viene mi maestro y si te encuentra conmigo, este será el día último de tu existencia!

-¡No me puedes dejar así! -exclamó afligida-. Si no he de volverte a ver, prefiero morir ahora mismo.

-¡No digas tonterías y lárgate ya! Te buscaré, Morgana.

-¡Júramelo!

-¡Te lo juro por mi vida, pero por lo que más quieras, márchate ya y no vuelvas la cara! Yo me encargo de que él no te siga.

Fue entonces cuando cedió y echó a correr despavorida. Yo estaba horrorizada. No podía asegurar que Patrick se detendría ante mis súplicas. Primero tenía que ir a su encuentro, mantenerlo alejado. Lo que viniera después era pura cuestión de suerte. Subí pronto al tejado próximo y le miré venir saltando ágilmente de casa en casa. Podía sentir su desazón y eso era en verdad un pésimo augurio. Le di alcance con una embestida fingidamente accidental. Me tambaleé y rodé para darle mayor dramatismo a la escena.

-¡Patrick! -dije con asombro fingido-. ¿Qué haces aquí?

-¿Estás bien? ¿Te hicieron daño?

Para mi sorpresa, él se veía mucho más asustado que molesto. Me pescó entre sus manos y fue directamente a mi hombro. De la herida no habían quedado ni vestigios, sin embargo, sobre la ropa desgarrada, una gran mancha plomiza, informe, se había pintado con el corte serpentino que Morgana me hiciera. Coronado por un ímpetu forjado bajo el martillo de muchos siglos, Patrick se alzó pavoroso cual genio indomable y perverso. Jamás lo había visto iracundo.

-¿Qué vas a hacer? -pregunté aterrada.

-Tengo sed de sangre -aulló ásperamente-. Jamás ser vivo experimentará sufrimiento igual al que obraré en ese gusano que osó lastimarte.

-¡Qué desilusión la tuya! -dije simulándome apacible-. Ese no volverá a andar sobre dos pies: lo hice trizas.

-¿Qué? -se echó para atrás arqueando las cejas-. ¿Cómo que lo hiciste trizas?

-No miento. Él me atacó, yo lo evadí, nos enredamos en un caos de patadas y mordiscos y al final lo maté. Eso fue todo.

-¡Así nada más! -gruñó exasperado-. ¡Lo dices con pasividad tan ridícula que bien puedo imaginarte asaltada por una comadreja!

Caminó yendo y viniendo de un lado a otro con las manos sobre la cabeza y el rostro compungido.

-¡Gyda Skjaldmö! -gritó furibundamente-, ¡lo que vino por ti fue un sanguisuga, un demonio encarnado, no precisamente una sabandija montés!

-Conozco a la perfección lo que me cayó encima -alardeé con despotismo-. Deja ya de gritar. Además, ¿qué te hace pensar que no soy capaz de acabar con un vampiro?

-¡Incontables! -se contuvo sujetándose los cabellos ceñidamente-, ¡incontables son los títulos para hacer referencia a esos indignos y tú tienes que llamarlos por el más repugnante y vil de los nombres! Sanguisuga, upier, nosferatu, varkolak, usa cualquiera de éstos, pero no me fustigues utilizando ese término tan asqueroso. Por lo demás, ¿fundada en qué tonterías llegas a la ingenua conclusión de que lo mataste? Él está aún vivo... o más bien, muerto, pero con la plena capacidad de seguir actuando, y tarde o temprano podría venir a

consumar su obra.

Me dio la espalda y dio unos pasos en la dirección que había tomado Morgana.

-¡Alto! -ordené-. ¿Qué clase de protector te crees si me abandonas ahora? No dices que podrían regresar para tomarme.

-Por ahora no lo harán. No te creo esas niñerías de que mataste a ese maldecido, sin embargo, siento con asombro que lo has espantado mucho.

Insistió en partir y se alejó apresurando el paso.

-¡Patrick! -rugí iracunda- ¡Yo te lo mando!

Se detuvo tajantemente.

-Recuérdalo: no eres mi padre. Eres un paria, un Dahanan-Devrah, poco más que un siervo. Vas a ningún lado porque yo te lo mando.

Volvió sobre sus pasos y atónita observé en su porte no al enérgico tutor que conocía sino a un ser inerme, apenas un guiñapo cabizbajo.

-¿Por qué lo defiendes? -inquirió musitando.

-No digas tonterías. Vamos a casa, eso es todo lo que quiero.

Fuimos en silencio. Mi intención jamás fue llegar a tanto, sin embargo, Patrick me había obligado a tratarlo dictatoriamente con el fin de hallarme una escapatoria desesperada. Él se veía consternado, yo avergonzada. Pronto alcanzamos nuestra residencia. Me apresuraba en dirección a mi dormitorio cuando él me detuvo.

-Gyda -me llamó glacialmente-, no soy tu esclavo, soy tu mentor. Sin mí, quedarías desorientada, indefensa. Cincela esta verdad en tu pecho y déjala ahí hasta el día en que termine contigo y me vaya. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza y reanudé la marcha.

-Una cosa más -retomó sus palabras-. Asíate concienzudamente, lo más pronto posible. Hueles a muerto.

Aquella fue una noche intranquila. No podía arrancarme de la cabeza el rostro abatido de Morgana implorando un nuevo encuentro. ¿Por qué le urgía tanto hallarse conmigo una vez más? Ella no estaba sola. Londres, más que cualquier otra ciudad, parecía infestado de úpiros. Dejaban su fetidez chorreada hasta en el más insignificante de los recovecos, una

pestilencia insufrible sólo equiparable a la de los Hijos de Eva. ¿Por qué no seguía a cualquiera de esos miles?, ¿por qué no se unía a las filas de espantajos, a esos de la madriguera llamada Elizabeth B., por ejemplo? Tal vez Patrick tenía razón. Ella me estaba cazando, buscando el momento propicio para atraparme. Encogida entre los cobertores esperé un asalto repentino que acabara conmigo y toda aquella insensata correría. Visto desde otro ángulo, era también posible que nadie la deseara unida a su congregación. Por un motivo no expresado la tenían exiliada, advertida, amenazada. ¡Qué lío era aquel! Así, entre cavilaciones, me fue ocupando el sueño hasta que caí rendida.

Las siguientes semanas, Patrick redobló la vigilancia externa e interna. No volvió a dejarme sola más de una hora y me seguía por todos lados con el vivo propósito de mantenerme entre ojos el mayor tiempo posible. Al caer la noche, me llevaba al tejado y ahí nos sentábamos de dos a tres horas mientras él gemía, aullaba y gruñía en matices diversos, a veces quedo, a veces estentórea y terroríficamente. Están advertidos, decía al concluir la sesión y me indicaba con un ademán que era tiempo de entrar a la casa. Hasta ahora no recuerdo mes más engorroso que aquel. Estaba al borde del desquicio cuando me llegó un aviso insospechado: Patrick tenía que irse unos días.

-¿Y si ellos vienen? -pregunté desasosegadamente.

-Hay un pacto que no violarán -dijo con certidumbre absoluta-. Dzépuvbus Dahanan-Devrah es mi nombre y en Europa no hay Hijo de Liliuh que no tiemble al escucharlo.

Con un adiós sobrio lo vi perderse entre las calles bronceadas por una tarde menguante. Llegó la noche, y con ella, mis temores se hicieron monumentales. ¿Qué posibilidad existía de que un loco cualquiera no estuviera enterado del dichoso acuerdo que Patrick avalaba y por ello fuera desmenuzada en tres rasguños?

No tenía hambre, más bien sentía náuseas, por eso brinqué la merienda y me dispuse a iniciar los afeites necesarios antes de ir a la cama. Me hacía una trenza cuando una ráfaga indomable venció la puerta del balcón. Ahí de pie, con los ojos vidriosos y la mandíbula tinta en sangre, yacía Morgana.

-¡Mentirosa! -chilló-, ¡embustera y vil!

De un brinco me puse en guardia, esperando lo inevitable, mas ella seguía inmóvil, conteniendo el torrente de amargas lágrimas.

-Morgana -apenas si pude decir-, ¿qué haces aquí?

-¡Tú juraste! -sollozó-, ¡juraste por tu vida y yo, estúpida, te creí!

-No pude cumplir mi promesa -dije intentando serenarla-. Mi tutor me vigilaba día y noche.

Ella empezó a llorar como un recién nacido, agitándose incontinentemente y balbuceando, pero sin avanzar ni un ápice. Conmiserada profundamente le tendí mis brazos.

-¿Por qué no vienes, pequeña?

-Tú bien lo sabes.

Lo había olvidado por completo. Ella no daría un solo paso mientras yo no la invitara a entrar. Una regla estoica, un precepto inmutable y válido tanto para los Hijos de Liliuh como para nosotros los nacidos de Qendlallá. Era sencillo, en apariencia, convidarla a pasar, sin embargo, un simple adelante podría desviar el cauce. La venía de ir y venir a través de esa puerta le sería concedida. Ya no existiría el tiempo. Horas, minutos y segundos se fundirían en un gigantesco bloque indestructible pues ella sería capaz de acudir cuando más le placiera; y no sólo eso, estaría penetrando al curso de mi historia, de mis días soleados y mis noches tormentosas.

-Eres bienvenida, Morgana -afirmé sobrepuesta-. Bríndame el gusto de tenerte bajo mi techo.

El cerco se había quebrado. Ella se me precipitó desconsolada, vaciándose sobre el pecho toda su pena enraizada. La acogí como a un capullo lozano y le besé la frente a la vez que acariciaba sus brazos desnudos. Fue una eternidad la que necesitó para cobijarse de vuelta con los mantos de la quietud.

-Perdóname -dije mientras le enjugaba las lágrimas-. Debí hallar la manera de cumplir mi juramento.

Sonrió complacida y en silencio me dejó para curiosear en el entorno. Hurgó con la mirada aquí y allá y de vez en cuando tomaba algún objeto que atraía su atención. Llegó hasta el ropero finamente labrado y lo recorrió con las manos. Me buscó los ojos en actitud suplicante y la convidé a husmear en el interior del mueble asintiendo con la cabeza. Todo en su faz pareció a punto de brincarle fuera de su contorno elíptico cuando miró una muñeca de porcelana que reposaba sobre una de las repisas.

-¡Anda! -la invité-, no te quedes con las ganas.

Sus manos prendieron sin demora aquel cuerpo homínido. Una mirada cándida y una sonrisa radiante acariciaron de arriba abajo esos miembros inanimados.

-Fue un obsequio de Patrick -dije-. La primera muñeca que me regaló. Por eso la guardo apartada de las demás. Significa mucho para mí.

Anduvo con paso liviano y de cerca me maravillé ante el esplendor que irradiaba cada poro de su ser.

-Patrick es tu maestro, ¿verdad?

-Lo es.

-¿Cómo es que siendo tan vieja aún tienes instructor?

-No soy tan vieja -respondí sonrojándome-. En nuestro primer encuentro aseguré tener ciento veinte años...

-Ciento treinta y cinco -me corrigió.

-¿Lo ves? Ni siquiera yo misma recuerdo la cifra exacta porque te mentí. Sólo diecisiete años han pasado desde que me convertí en lo que soy.

-¡Diecisiete años! -exclamó con asombro y desilusión engarzados a la expresión-. Es poco, muy poco. Eso quiere decir que no eres mucho mayor que yo.

-No -musité abochornada.

-¡Qué más da! -se encogió de hombros con grata resignación-. Lo que sí importa es que no eres como yo ni como esos salvajes del Elizabeth B. Tampoco eres humana, eso bien lo sé. No eres regida por sus reglas fútiles. ¡Cómo diablos vas a ser mortal si la noche pasada te moviste más rápido que un relámpago! Eres un bicho raro, dicho ésto sin la intención de ofenderte.

-Eso soy, precisamente, un bicho raro.

-Describe -me dijo al tiempo que se acomodaba junto a mí, sentándose plácidamente sobre la cama.

-¡Qué más quisiera yo que describirme a mí misma lo que soy!, pero no puedo. Pocos años han sido los que se esfumaron para que sea capaz de comprender mi naturaleza.

-Haz lo que te sea posible -invitó-, lo que esté en tus manos revelar y

entender de ti misma.

-Soy mortal -dije por fin después de un par de minutos de intensa meditación-, no humano. Viviré durante siglos numerosos pero al cabo de ellos llegaré mi fin...

El relato serpeó, bajó a escondrijos lóbregos y se elevó hasta cumbres soleadas. Le hablé del génesis de los de mi estirpe, de las similitudes entre nosotros y los Hijos de Eva y del parentesco existente con los Hijos de Liliuh que nos hacía compartir facultades muy similares. Parloteé por más de una hora hasta que me sentí marchita y no hubo más que decir. Aun después de haber concluido la narración, Morgana siguió mirándome perpleja durante muchos minutos, incapaz de abandonar esa abstracción fabulosa.

-Una cosa más -dije exhausta-, tienes que jurarme por lo máspreciado en tu existencia que nunca revelarás ni media pizca de lo que te he contado, ni a amigos o parientes, humanos o vampiros, ni a bestia alguna sobre la faz de la tierra.

-No tengo cosas preciadas en este mundo -afirmó-, ni amigos vampiros o humanos o bestias de cualquier índole, pero te juro que jamás confesaré lo que aquí se ha hablado. Mi corazón sea punzado y cercenada mi cabeza antes de pronunciar media palabra al respecto.

No pude explicarlo entonces ni ahora sería capaz de hacerlo, pero confiaba en ella. Le besé las manos laceradas por la inclemencia de un año que no había sabido dar trato a un ángel exquisito.

-Tenemos que hacer algo con esa facha -la despeiné juguetonamente-. Primero, un buen baño, después, hay que encontrar un atuendo especial que acentúe tus virtudes. Eso será un poco más difícil.

Tembló emocionada y se apretó fuerte contra mi pecho. ¿Cuál sería el móvil de toda aquella explosión sentimental compartida? Sólo había una razón: éramos un par de solitarias deseosas de afecto.

-Ahora bien -retomé el núcleo de la conversación-. Si crees que voy a quedarme tranquila ignorando lo que pudieras revelarme sobre ti, estás muy equivocada. Te cedo la palabra. Háblame de tu origen.

Se reacomodó sobre la cama y frotó sus manos sobre las sucias enaguas a manera de preámbulo.

-Soy Morgana Felton -se presentó una vez más con solemnidad admirable-, hija del Sir George Felton y de Lady Helen Windsor -en este punto, hizo una pausa y caviló unos segundos antes de reanudar su narración-. Bueno, fui hija de ellos... alguna vez. Tuve cuatro hermanas

mayores que yo: Viviana, Brunissen, Arianrond y Lunete. Como obvio resulta, pertenecíamos a la crema y nata de la aristocracia londinense, y como tales, vivíamos ceñidos por un mundo de lujos insólitos. A mi padre, hombre gallardo y bien parecido, pocas veces lo veíamos dada su labor. Mi madre, siempre atenta con nosotras, era la mujer más dulce y bella que jamás haya conocido. Un genuino cuento de hadas era mi vida hasta que llegó ese día maldito que trocó la fábula en un relato de terror. Me fui a acostar esa noche, y al levantarme, era ya lo que soy. La casa estaba volcada, todo humeado y hecho añicos. Y mis padres y hermanas -se le atoró la voz en la garganta-, habían sido mutilados e incinerados bestialmente...

Dos perlas saladas le brincaron de las comisuras y rodaron mejillas abajo. La tomé de los hombros y apreté con ansia de reconfortarla.

-Para mi desgracia -continuó-, todo se hallaba en penumbra, si no, hubiera tenido la fortuna de perecer al instante ignorando lo que había pasado. Fue al cruzar a través de un listón luminoso filtrándose por una cortina cuando recibí mi primera enseñanza: la carne de la mano se me chamuscó al instante como hoja de papel a las brasas.

Enseguida se puso de pie y comenzó a andar de un lado a otro con zozobra, respirando agitadamente.

-¿Por qué yo? - con desazón se dirigió a mí, como deseando que yo tuviera extraviada por ahí su codiciada respuesta-. ¿Quién y por qué me dejó viva, o más bien, muerta en vida, hecha un monstruo, un ser horripilante y asqueroso? ¿Por qué no me tomaron como lo hicieron con mi familia? ¿Cuál era el motivo para una acción tan baja y cruel? Los días consecutivos era sólo llorar, lamentarme, buscar refugio en los pocos sitios oscuros para no ser calcinada. Sólo un impulso animal fue capaz de llevarme de vuelta al exterior: la insaciable sed de sangre.

Tras la última palabra, sufrió una drástica transfiguración que la ausentó de sus beldades. Ahora era una fiera escuálida de ojos abultados y dientes como cuchillas. Ante mis ojos espantados, miré la rápida decadencia de ese halo fantasmal hasta la completa extinción.

-Esa es mi historia -dijo tan serena como si el relato de sus labios hubiera concernido a alguien ajeno a su persona-, por lo menos parte de ella.

-Y qué me dices de los vampiros del Elizabet B. -indagué con la intención de atraer sus pensamientos a cosas menos amargas.

-De esos bastardos puedo decirte poco -dijo con repugnancia-. Sólo que no me soportan. En un principio intenté buscar su compañía, pero me apartaron enseguida con ataques bestiales. *Largo de aquí, animal rastrero...*, dijeron sin clemencia. *Esta es nuestra tierra y no la*

compartimos con alimañas asquerosas. Vivo sola, cazo sola. Esa es mi regla.

Ella no podía ocultar su incesante lucha para mostrárame íntegra. Suspiró, se rascó la cabeza y me miró de reojo esbozando una risilla ridículamente falsa. Fue hasta el balcón. Ahí, quedó en silencio a la vez que se bebía con ojos melancólicos el umbrío dosel de allá arriba que empezaba a desteñirse.

-Pronto arribará el día -susurró-, noche para los de mi linaje. El gallo anunciará gozoso el fin de nuestro imperio y seremos perseguidos de linde a linde por las cintas áureas del astro cegador. ¡Cuánto añoro las caricias que él me brindó siendo aún comparsas! Ahora, bajo jurada enemistad, no puedo esperar más que estocadas mortales. Es hora de partir.

-No sabía que eras poetiza -dije con asombro.

-Yo tampoco -afirmó con aire perturbado-. El estar atada al sino de esta luna incierta me arranca palabras que jamás imaginé. Te agradezco el cumplido, si eso pretendías que fuera.

Se veía desalentada, absorta en no sé qué reflexiones grisáceas. Ella miraba al nebuloso horizonte y yo, por detrás, le tomé de los hombros afectivamente.

-Un beso -dijo buscándome-, un beso de tus labios y podré conciliar el sueño y dormir en paz.

Solícita me ató a su boca muerta y pareció que algo de mi calor se marchaba y prendía de ese cuerpo decaído.

-Duerme, chiquilla mía -la despedí-, duérmete sin temor. Mañana, en este mismo cuarto, Gyda esperará ansiosa tu llegada.

Se disgregó sobre el manto oscuro de la madrugada. Desapareció, mas no de mi corazón, donde palpitaba con lozanía.

Capítulo 5

HOLOCAUSTO

Ekhe nah io. De bruces, con una cúpula brumosa como cobijo, miré aproximarse una figura oculta bajo un sayal pardo que le cubría hasta la cabeza. *Ekhe nah io, Aljaruxa,* musitaba esa voz de terciopelo. *Ekhe nah io...*

Me batía en aquel féretro penumbroso con temblores germinados en pensamientos inclementes. Eran las numerosas voces de Morgana que apartadas de brindarme un sueño apacible, conspiraban dentro de mi cabeza regodeándose con ecos ansiosos. En los días tempranos de nuestra relación, cuando toda nimiedad nos embelesaba como miel al paladar, hubiera jurado sin vacilar que era capaz de alcanzar cumbres distantísimas para obtener todo lo que a ella le apeteciera, mas ahora, tres meses más tarde, aseguraba todo lo contrario negándome a complacerla, en especial en aquello que ella ahora codiciaba como una ofrenda febrilmente deseable y me exigía brindarle sin demora: la muerte. Debía, a obediencia de su vehemente petición, ausentarla de este mundo sin chistar, acabarla, cegarla... asesinarla. Perturbada por la simple idea me volví a su cuerpecito excelso y lo estreché, acaricié su cabellera, besé sus labios y su frente. Sin despertar, suspiró y se acomodó con esa gracia encantadora sólo propia de ella. Se la veía con la hechura personal de un querubín; tierna, lozana, como surgida del murmullo de un dios magnánimo y compasivo. ¡Cómo dar fe, entonces, de la fatídica escena sucedida unas horas antes!

Esa noche, la pasada, Morgana andaba con una zozobra nada habitual. Nos aseábamos metidas dentro de una gran bañera humeante al tiempo que ella venía a mi diálogo con una serie de cuestionamientos teñidos de sarcástica agresión.

-¡Quiero entenderlo! -insistió con aire malicioso-. ¿Significa eso que los hummbalkar son tan frágiles como un simple ischim?

Por vez primera la interrogante abandonaba la sutileza usual y se inclinaba a acorralarme en una cuestión que ni siquiera yo misma entendía.

-¡No! -grité con los nervios encrespados.

Mi enfado llegaba a límites insospechados más a razón de mi ineptitud para generar explicaciones que por la lacerante insistencia de Morgana.

-Probémoslo -desafió-, demostremos lo contrario a mi tesis.

Con ambas manos se aventó agua al rostro y lo restregó antes de retomar su demostración.

-Estoy segura de que desmenuzarías sin gran esfuerzo a cualquier vampiro, eso es incuestionable, sin embargo, es indudable también que aún llevas auestas muchos de los demonios que atormentan a la mente humana.

-¡Explícate! -demandé.

-Es más que claro, por lo menos para mí, que a pesar de tu naturaleza extraordinaria no perdiste del todo la única e irrevocable certidumbre que cada humano posee: la de que para ellos la vida es tan frágil y efímera que la muerte siempre les sorprende bajo las más estúpidas circunstancias, como la de ahogarse debajo del agua, por ejemplo.

Y sin reparos se sumergió por completo. Diez, veinte, treinta segundos sin asomar. Numerosas burbujas reventaron en la superficie. Cuarenta, cincuenta... un minuto...

-¿Estás loca? -detuve el absurdo jugueteo volviéndola al exterior con tosquedad.

-¿Lo ves? -exclamó envuelta en una carcajada maligna que me heló hasta los huesos.

-No -respondí con frialdad-. No veo nada.

Dejé la tina y busqué mis ropas. Me imitó.

-Te asustaste -continuó con una pesadez que empezaba a botarme de mi aporreada tolerancia-. Sentiste un pánico exorbitante, ¿no es así? ¿De qué tuviste miedo, Gyda?, ¿de que me muriera de asfixia? Querida, ya estoy muerta, ¿lo recuerdas? Y tú también lo estás, si mal no recuerdo.

-¿Cuál es el punto? -braceé al aire-. ¡Dilo de una buena vez!

-Estamos cercando la cuestión -contestó sin inmutarse ante mis aspavientos-. Ten un poco de paciencia. Ahora, para contemplar más de cerca el meollo del asunto, respóndeme algunas preguntas: ¿Podrías morir de hambre o de sed?, ¿de cansancio, asfixia, o enfermedad?

-¡Por supuesto que no!

-¿Podrías caer abatida por el golpe de una bala o por la mordedura de una serpiente o el ataque de una fiera montaraz?

-¡Te digo que no! -contesté aún más exasperada.

-¡Entonces por qué hay tanto pavor en ti! ¡Hiedes a miedo! ¡Apesta a humano!

Era cierto. Aquella era una verdad que nunca me había detenido a contemplar: nunca más volvería a ser una ischim, no obstante, jamás dejaría de serlo. Entonces, en aquel momento de tensión creciente, ella partió sin explicación visible disolviéndose en una bruma verdosa que se fugó por debajo de la puerta.

-¡Morgana!

¿Quién demonios se creía? La discusión apenas había comenzado y me sentía con brío saciado para virar sus argumentos imberbes.

-¿Morgana?

De pronto, un extraño presentimiento empezó a expandirse vertiginosamente hasta embrollarme como insecto en un telar. Luego, una visión diabólica: alaridos, huesos crujiendo, quebrándose... sangre... ¡mucha sangre!

-¡Morgana! -aullé desesperada mientras perseguía el rastro de la catástrofe.

Dentro y fuera de la carne palpitante, colmillos y garras confabulados en un sicópata vaivén. Entrañas, vísceras despedazadas batiendo pisos y muros, creando figuras terroríficas de melenas erizadas y pieles bermejas. Depredador y víctima en una danza obligada por las puertas del infierno.

Arribé tarde. Vine en la forma de decenas de murciélagos que se condensaron en mis formas y respondieron brutalmente con un golpe que hizo rodar a la asesina. Ella se incorporó tambaleándose, sumergida en unos berridos espantosos que a entender configuraban una carcajada grotesca.

-Gyda -ladró-, Gyda mía. Es una verdadera pena que niegues tu esencia, tu verdadero yo.

-¡Nada niego! - atropellé sus bufidos no menos iracunda-. ¡No soy como

tú, Morgana! ¡Apártate!

-¡Apartarme! -exclamó-. ¿Apartarme de qué? ¿De los despojos que aun dejé para compartirlos contigo? ¡Malagradecida!

-¡Cállate!

-¿A qué le temes, Gyda? ¿Por qué te afanas en aplacar al monstruo que te incita a saciarte de carne y sangre? Somos dioses, ¿lo escuchas?; dioses temibles enviados a regir como nos plazca, a aplastar con cetro despiadado a cada uno de estos parásitos a quienes llamas Hijos de Eva. ¿Por qué imitarlos? ¿Por qué nutrirse de su porquería? ¿Por qué compartir su insulsa visión del mundo? ¿Por qué atarse a su debilidad? ¡Son simplemente un rebaño a sangrar!

-¡Mentiras! -grité-. ¡Nos debemos a ellos! -concluí con un argumento aprendido de Patrick.

-Inmunda servil -espetó con asco-. Eres en verdad patética. Tú y todos los de tu clase.

-¡Patéticos! -gruñí transfigurada literalmente en una fiera salvaje-. ¡Serviles! ¡Insulsos! ¡Débiles! ¿Quieres saber qué tan débiles podemos ser los hummbalkar? Estás demasiado afanada en despertar la verdad de nuestra esencia. ¿Qué tal una demostración pequeñita?

Me le fui encima.

Turbada con un espasmo vine a quebrar la liviana siesta. Morgana seguía dormida. Empujé hacia fuera para abandonar el inusual y lúgubre tálamo. Afuera, el cielo se arrojaba obstinadamente con su negro capote. Con el pensamiento torturado, ratifiqué que no hay mayor ceguera que la que te propina el regocijo. Saciado de placeres cedés ante un vendaje que te nubla los mundos circundante e interno. Se te esfuma la memoria que te dice lo que eres. Para infortunio de todos, es en las horas de ocio y amargura cuando entiendes tu esencia. Y con la invidencia propia de la alegría, se me había vuelto a olvidar lo que era yo, y no sólo eso, también había olvidado lo que era Morgana: un varkolak, un no-muerto; por encima de todo, un ser devoto de la oscuridad. ¡Cómo desee en ese instante! ¡Cuánto desee volver a los días tempranos de nuestra historia!

Después de una ardua labor, la recepción de gala estaba montada en su totalidad. Poco después de que despaché a los últimos criados y aseguraba la puerta para no ser importunada, sentí a Morgana

aproximarse por detrás. Con cautela traviesa venía sobre las puntas de los pies.

-Puntualidad inglesa -dije impetuosamente sin volverme hacia ella-. Una de las pocas costumbres que admiro en ustedes.

Ella se sobresaltó tanto que juro estuvo a punto de llegar al techo.

-Lo ensayé -dijo quejumbrosa-, en verdad lo ensayé. Quería sorprenderte, pero este tufo endiablado seguro me delata a cien kilómetros a la redonda.

-Para eso hay solución -repuse-. Un baño tibio sería lo ideal.

Ella no me atendió. Un espectáculo fascinante le había enganchado la mirada y ahora tiraba con fuerza, obligándola a llegar al borde de mi lecho. Aquello parecía un auténtico deleite visual y olfativo para ella: corsés, enaguas, medias, vestidos, sombreros, pelucas, joyas, maquillajes, aceites y esencias para después del baño, todo dispuesto en perfecto orden.

-¿Es tuyo todo esto? -indagó aún abstraída.

-No -respondí-. Apenas salido el sol, me fui de compras. Me esforcé como no puedes imaginarlo, todo para seleccionar lo mejor, lo más fino e inigualable, sólo aquello que armonizara con tu belleza. Espero que aprecies eso porque no fue fácil.

Era verdad. Dos horas antes, con el anochecer pisándonos los talones, habíamos regresado a toda prisa en tres carrozas, dos de ellas rentadas a última hora. En el vehículo guía, dos de mis criadas y yo. Los carros traseros habían sido ocupados exclusivamente por ropajes y afeites. Debo admitir que todo aquello no habría sido posible de no ser por el alcance económico que Patrick poseía y que me brindaba sin reservas. Cualquier capricho, por ostentoso que pareciera, era menos que nimiedad. Si como Hija de Eva me había privado de un techo, ropa y alimento, como hasa vivía espléndidamente. Lo tenía todo, absolutamente todo lo que pudiera desear y aun más. Incluso en ocasiones, circundada por exceso de lujos, llegaba a sentirme ahogada, con deseos de arrojarlo todo por el balcón.

Morgana buscó mi rostro con sus ojos pálidos y radiantes y se apresuró hasta mí.

-No mientas, Gyda -suplicó alborozada-. No juegues conmigo de esa manera.

-No estoy jugando, niña mía -le rocé la faz con el dorso de mi mano-.

Todo, hasta la alhaja más diminuta, es para ti.

Arrebatada por el regocijo me echó los brazos al cuello.

-Ven -me invitó tirando de mis manos en dirección al balcón.

En un movimiento alcanzó la cornisa y desapareció hacia el tejado.

-¿Qué haces? -pregunté con ansia.

-¡Ven! -contestó sin asomar-. ¡Yo también tengo un regalo para ti!

Acudí sin demora. Con una seña me pidió sentarme a su lado.

-Por mi parte -dijo con alegría monumental-, no poseo ni un céntimo para darte cosas tan bonitas como las que me ofreces.

-No espero que lo hagas...

-Permíteme -silenció mis palabras con su índice derecho sobre mis labios-, permíteme obsequiarte lo único que poseo.

Su mano se extendió agradadamente como un paño sedoso y pálido agitado por el viento. Me mostró la luna, una luna colmada hasta sus linderos, iluminada, marfileña, preciosa, recortándose encima de la pesada oscuridad.

-¡Es hermosa! -exclamé-. Nunca imaginé poseer la butaca más afortunada de todo Londres.

Suspiró.

-Ella ha sido fiel camarada en noches tortuosas. Ahora es tuya. Te la obsequio.

-Ignoraba que fueras propietaria de la luna.

-Habiendo nadie que la reclamara o siquiera le interesara, la escrituré mentalmente a mi nombre.

-¡No es justo! -protesté a modo de broma-. Jamás hablamos de intercambiar regalos de tal envergadura. ¡Ahora, la que sale perdiendo soy yo!

Explotó en una carcajada deliciosa la cual me encargué de secundar.

-Es curioso -volví a intervenir-. Patrick nombró Doncellas de la Luna a las de mi estirpe. Incluso, desde que tengo memoria, siempre he sido para él

la Señora de la Luna Creciente.

-Señora de la Luna Creciente -murmuró con solemnidad-. Eso es más que poesía. Ojalá alguien me nombrara con título semejante.

Se hizo un silencio contemplativo. Pasados muchos minutos, unas nubes siniestras fungieron como telón cerrándose ante el espectáculo.

-Hora de volver -alerté al impactarse una gota helada sobre mi hombro.

Ella me detuvo cogiéndome de la mano.

-Por favor, quédate conmigo.

-¿Debajo de la lluvia? ¿Estás loca?

-Sí, lo estoy. Por eso insisto: quédate. Por favor.

Enseguida, para mi sorpresa, con soltura ingenua fue despojándose de los sucios harapos que la vestían. Era toda ella una florecilla preciosa alzándose triunfante en medio de la inmundicia. Fría, nívea, su figura temprana de mujer se proponía a la vista como un manjar ineluctable. De su cuerpo, todavía resonaba el adiós a esas líneas llanas que se habían suprimido bajo formas de inflexiones aún tímidas.

Comenzó a diluviar.

-¡Anda! -me invitó con júbilo infantil-. ¡Sé libre!

En oposición a su anterior actitud, yo me sentía más que entorpecida, con los miembros herrumbrosos, atirantados a base de una moral decadente y retrógrada. Afrentando a esos pensamientos despóticos fue como logré despojarme de las ropas. Morgana me miró con sus ojos límpidos, indolentes a mis pródigas curvaturas, logrando enjugarme ese halo perverso que me hurtaba la paz. Y así, desnudas, bajo aquella ducha natural, retozamos locamente de tejado en tejado hasta que el cielo se secó. De tal modo fue esa noche. Y vinieron muchas más con anécdotas diferentes pero con un final común: un abrazo ceñido y un beso en los labios. Era el transcurrir de nuestras vidas un auténtico relato de hadas, donde todo se veía rosado muy a pesar de sus dos decoloradas protagonistas.

¡Maldita perra! ¿Qué esperas? ¿Es lo mejor que puedes hacerme?

¡Arráncame la cabeza! Primeramente, se defendió, mas casi enseguida fue domada por mi brutal embate. Se la veía bailotear como una madeja entre las zarpas de un minino y pronto no fue más que un jirón empapado

en carmesí. Vuelta a mis cabales, me eché para atrás. ¿Qué me pasaba? ¿Qué estaba haciendo? ¡Era Morgana quien se desmembraba con mis garras ávidas! ¡Era la dulce y tierna chiquilla que estimaba con devoción febril! La tomé en mis brazos y se torneó sobre ellos como flácida marioneta. Corrí. Corrí con el deseo de ser lo suficientemente veloz. Bajé al sótano y acudí a su ataúd para recostarla. Ahí, dentro de ese capullo hecho de madera, residía la única esperanza de una pronta y total recuperación. Me recosté a su lado.

-Perdóname -fue la urgente súplica-. Perdóname, por favor.

-Déjame -balbuceó retornando a sí misma con la asombrosa mejoría que rápidamente disgregaba los verdugones sobre su piel-. Sácame de aquí.

-Ten paciencia. Pronto estarás sana y volverás a jugar, como si todo esto hubiera sido simplemente un mal sueño.

-No quiero recuperarme. No quiero volver a jugar. Mátame.

Atónita, segura de que había escuchado mal, guardé silencio esperando que repitiera la frase.

-Te digo que me saques de aquí. Acaba conmigo. No te lo estoy pidiendo, te lo exijo: mátame.

-¿Pero qué estás diciendo? -chillé enfurecida.

-Nada me interesa ya.

-¿Por qué?

-Porque para mí no hay esperanza. Porque nunca seré un hummbalk. Jamás seré como tú. Intenté negar mi naturaleza y comprobé que es imposible. No importa que me hayas revelado grandes misterios sobre los de tu especie ni qué tan empeñosa y atenta resulté ser para aprenderlos. No importa que ahora sepa ocultar mi sannanzarah casi tan bien como tú y que pueda generar kadishy para sanar las heridas. Siempre seré una aberración... ¡Un monstruo!

-¡No digas eso! -irrumpí en su áspera conversación-. Debe existir una forma de revertirte. Sé que en mis manos está el rescatarte.

-Dices bien. Pero la salvación no está en la dirección que te imaginas sino en contrasentido: sólo con la muerte he de redimirme.

-¡Detente ya con esa obsesión! -exigí irritada-. Ahora lo entiendo. Todo ha sido una lucubración de tu parte, ¿no es así? Debías espolearme hasta cruzar mis fronteras para que te asesinara. Tenías todo perfectamente

planeado, pero un minúsculo detalle te falló: no fui tan estúpida como creías y salí bien librada de la trampa. ¿Verdad que no miento?

Me dio la espalda.

-¡Contéstame, Morgana!

-No hay razón para que sufras por algo tan simple -musitó-. No lo hagas difícil.

-¿Y cómo pretendes que sea fácil? -cuestioné a punto de llorar-. Dime, si es que conoces la forma. Dime cómo sobrellevar la ausencia de mi espíritu que se empeña en más no quedarse en este pecho lúgubre después de habitar en el edén de tu alma. Dime, si es que sabes la respuesta.

-No la sé -dijo con voz que se apagaba.

Primicias del día agrisaron la oscuridad. Un penacho fúlgido asomó sobre los bordes orientales de la ciudad.

Nunca seré un hummbalk. Jamás seré como tú..., me había dicho. ¿Qué tan probable era que aquello fuera una verdad incompleta? ¿Y si era viable la posibilidad de revertir su naturaleza asesina, como yo lo había considerado? ¿Qué sucedería si me bebía totalmente su sangre y después le daba a probar de mí? ¿Se transformaría en hummbalk? En tiempos de entrenamiento, cuando aprendía a alimentarme, Patrick insistió repetidas veces en la enorme importancia de identificar plenamente a mi víctima como un ischim. *Si bebes de un úpiro, aseguraba, ingieres la Muerte. ¡Veneno sin antídoto!* La primera ocasión que probé accidentalmente de aquel brebaje prohibido, fue mientras sanaba con kadishy una severa cortadura en el antebrazo de Morgana. La lengua se me entumeció al tocamiento. Después, me sentí intoxicada, como ebria, alegre, más bien apartada de la experiencia mortuoria que auguraba mi tutor; sin embargo, aquello había sido un trago solamente, uno muy abundante, por cierto, pero sólo uno. A pesar de ello, del enorme riesgo que podía correr si me decidía, me inclinaba más a creer en una hipótesis que había germinado en mi cabeza algunas semanas antes: era probable, muy probable, que Morgana fuera mi *ditrixh*, mi prometida, la inmanente y eterna compañía que le espera a toda hassa. De ser así, la muerte nada podría en mi contra. ¡No existen palabras para describir el regocijo del momento! Quise correr, despertar a Morgana, sacarla del ataúd y decirle de mil y una formas que en mis manos estaba destruir el yugo sobre sus hombros. Me contuve. Atreverme a consumir mi plan en ese instante podía ser mortal para ella pues estaba demasiado débil. Teníamos que aguardar dos o tres días, mejor una semana completa. No podíamos correr riesgo de índole semejante. ¿Y si algo salía mal? Ya no me importaba. La decisión estaba

hecha. Valía más extinguirme para siempre que soportar la carga de perderla. La mañana era completa, radiante, entendida como perfecto augurio de lo que me esperaba junto a Morgana por toda la eternidad.

De cobrizo se teñía todo con la luz del crepúsculo que entraba por el balcón. Harta de la partitura seguía sin dilación ni titubeo el dictado que me daba la emoción. La música se derramaba del piano a borbotones, brincaba hasta el techo y salpicaba todo. Era Morgana quien me tenía así, era el lozano recuerdo de su sonrisa, su mirada traviesa, sus manitas acariciándome. Como chapuza hirviendo me sorprendía la espantosa imagen de su todavía inasimilable holocausto: su cuerpo decapitado, carbonizado, pendiendo del techo. ¿Era posible que en su desesperación hubiera buscado consuelo en el suicidio? ¡Por supuesto que no! Eso podía aseverarlo con la plena intención de aplastar al que osara insinuarlo; no obstante, aquella certeza no amainaba mi tortura, una tortura que me hendía al punto del exterminio. Azuzada por un impulso desesperado, me obligaba a buscar refugio en esas secuencias malsanas. Aún seguí así por varios minutos hasta que acepté que aquel sentimiento crispado no se iría a pesar de mi titánico esfuerzo. La sesión concluyó con un golpe brutal sobre el teclado. El estruendo lo envolvió todo antes de comenzar a extinguirse y dar lugar a mis sollozos. No podía evitarlo por más que quisiera: Morgana había pasado a formar parte de mí, tanto como mis brazos y piernas, como mi mente y mi espíritu. En ese preciso instante sentí a Patrick acercándose, brincando sobre los tejados. Había zozobra en su corazón. Su andar rápido e incesante me palpitaba en las sienes. ¿Quién demonios era yo?, ¿un remedo vil de perrito faldero capaz de sentir al amo a la distancia? Me incorporé de golpe. No quería que él me viera así. Lo mejor era escapar. Corrí a la puerta aun a sabiendas de que me resultaría imposible siquiera tomar la perilla de la puerta y hacerla girar. Si aún quedaba en mí un hálito de sensatez, en ese instante lo perdí: me hallé andando de un lado a otro del cuarto, como bestia prisionera, esperando que repentinamente un milagro me indicara la salida. Busqué y rebusqué intentando escaparme de los lazos de la angustia que a cada segundo se ceñían con mayor fuerza a mi cerebro, pero todo resultaba inútil. Él estaba a punto de entrar, de alcanzarme, de sorprenderme en aquella situación funesta. Estaba desesperada, odiándome y odiándolo más con cada partícula de tiempo que se iba. Tenía que parar, que serenarme y entender que si no podía huir, no me quedaba más remedio que fingir indiferencia. Me senté nuevamente al piano y abrí el cuadernillo, deslicé los dedos sobre las teclas y comencé a tocar. Mi ejecución llevaba poco más de tres compases cuando Patrick cayó a la terraza.

-Segundo movimiento del Concierto para Piano número veinte en D menor de Wolfgang Gottlieb Mozart -dijo con voz opaca acercándose a mis espaldas-. ¿Algo te preocupa, Gyda? Nunca recurres a esa pieza a menos

que estés inquieta.

Trastabillé ligeramente ante sus palabras mas enseguida recuperé el tempo. Me alcanzó pronto y de perfil lo miré quedarse allí parado junto a mí. Parecía inerte, física y mentalmente, sin embargo yo estaba más que segura de que me estaba sondeando. Cada poro de su piel se obligaba a percibir en mí hasta la mínima seña de ansiedad. Yo pretendía seguir aquella farsa aun sintiendo que el esfuerzo colosal me estaba desgastando sobremanera. No mucho después tuve que detenerme. Le busqué con una mirada que pretendía ser mordaz. Su rostro lozano se me vertió como el de un niño desamparado, un débil chiquillo a punto de caer hecho pedazos a mis pies. Me aferré al asiento para no saltar, asirme de su cuello y gritarle en medio del llanto que me estaba quemando por dentro, que lo había desobedecido, desafiado, y por ello ahora pagaba un alto precio.

-Eres fuerte -dijo con voz que parecía demandar una tregua-. Pronto habrás perfeccionado la técnica y no habrá ser de tu estirpe o de cualquier otro linaje que pueda descifrarte.

Como si no hubiera escuchado, le di la espalda y me dirigí a mi aposento. Estaba a punto de dejar la habitación cuando él me llamó imperativamente; entonces, tuve una fracción de segundo para sentir el proyectil que Patrick me había lanzado y que por el aire se aproximaba vertiginosamente a mi cabeza, girar y atrapar aquello al vuelo. Se trataba de un objeto alargado, de metro y medio aproximadamente, envuelto en jirones de tela sucia y hedionda. Enseguida, noté cómo los trapos se teñían de escarlata. Un dolor agudo me recorrió desde la punta de los dedos hasta los hombros: estaba herida. Aterrorizada, solté aquella cosa. La sangre caliente anegaba mis palmas y luego se vertía en el suelo. Un instante fue insuficiente para hallar justificación a aquella actitud de Patrick. Un instante fue más que demasiado para trocar la conmoción inicial en una cólera indecible que agujeró a la fiera agazapada sobre mis vísceras. Hecha un demonio tracé un arco en el aire hasta alcanzar a mi agresor y derribarlo. A horcajadas, en un diluvio inmisericorde, golpes y zarpazos quebraron el suelo y desgarraron la alfombra, pero jamás alcanzaron a mi fugaz presa. Él, tan liviano y apacible como pluma al viento, se me escapó con un movimiento de apariencia simple. Casi puedo asegurar que jugueteaba cuando me rodeó e inmovilizó con sus poderosos brazos.

-¿Qué te pasa? -inquirió con una serenidad desquiciante.

-iSuéltame, maldito! -rugí forcejeando inútilmente.

-Sabes que no te dejaré hasta que te serenes -aseveró no menos tranquilo.

-¡Y cuando lo hagas, te partiré a la mitad, infeliz!

-Está bien -suspiró-. Tengo toda una eternidad por delante. Puedo esperar contigo en brazos hasta que recuperes la calma o te hagas polvo; lo que suceda primero.

Un infierno líquido me corría por las venas. Deseaba matarlo -si aquello era posible-, estrangularlo poco a poco hasta que se extinguiera en un estertor ahogado. Por su parte, él continuaba inerte, como coloso metálico, decidido verdaderamente a mantenerme cautiva por los siglos de los siglos.

-¡Tú ganas, por todos los demonios del infierno! -de mala gana accedí-. ¡Suéltame ya!

Se echó para atrás. Altiva, sin siquiera dirigirle la mirada, me encaminé a la escalera.

-¡Gyda! -me llamó una vez más.

-Déjame tranquila -dije con la voz estrangulada-. Te odio.

Todo giraba en mi entorno. Mi cabeza henchida de visiones tormentosas se veía a punto de saltar hecha pedazos. Allá arriba, en la cima de la escalinata, él me cerraba el paso. Odiaba que hiciera eso: brincar de un extremo a otro en una fracción de segundo. Imperturbable lo miré, dispuesta a apartarlo, cuando trajo a mi visión un objeto que me despedazó el alma. A la altura de su vientre, con ambas manos, sostenía un cuerpecillo decapitado y hecho carbón: eran los restos de una muñeca de porcelana que yo había obsequiado a Morgana.

-Lo sé todo. Anduve por ahí, averiguando tus correrías en mi ausencia y...

No pudo decir más. Su imagen se me fue nublando a través del agua que anegaba mis ojos.

-¡Je hamma, Patrick, je hamma! -*¡Me estoy consumiendo!*, sollocé.

-Shuü nnorie, pípira-*Ven acá, pequeñita*, dijo, y me tendió sus brazos.

Quebrada por un tormento incontenible, me desplomé sobre él. Su regazo mullido, recipiente de mi torrente amargo, se me antojaba un narcótico delicioso que amainaba la congoja.

Las horas volaron. Nutriéndome sorbo a sorbo de la tranquilidad de Patrick, alcancé un reposo que me tenía como desmayada. Él me cogió en brazos como a su criatura y con paso etéreo, casi flotando, me llevó hasta

mi aposento. Quedé ahí tendida en el lecho, sin habla, temblando de vez en vez con los restos de un llanto eufórico. Me quedé dormida.

Capítulo 6

TODAS SOMOS LUNA

Ante mí, un paisaje nocturno, en un principio casi imperceptible, mas de pronto, los contornos se hicieron visibles. Gruesos y altos troncos, como columnas del castillo de un gigante, crujían y se balanceaban al capricho de un viento helado. Jirones de neblina, como serpientes fantásticas, reptaban entre los arbustos. Un impulso incontrolable me hizo saltar y correr entre las rocas y los musgos y las hierbas gélidas bajo mis plantas desnudas. Con ambas manos asía los bordes del manto oscuro y áspero que me cubría desde la cabeza hasta las rodillas, intentando vanamente protegerme de esas estocadas implacables del viento boreal. Algo incomprensible me servía de brújula haciéndome detener y virar en sentido opuesto u obligándome a brincar sobre enormes zanjas, a arrastrarme bajo arbustos espinosos o trepar por ramas retorcidas como brazos horripilantes, todo a una velocidad inhumana. Inesperadamente me detuve en un claro, una extensa loma bordeada por árboles en cuyo centro estaba empotrada una tosca y enorme mesa de piedra. Contrayéndome y dilatándome con respiros violentos, me incliné y apoyé las manos sobre los muslos. Un vapor denso y blanquecino expulsado por mi boca y mis fosas nasales, hacía remolinos sobre mi rostro y luego se fugaba hacia el cielo. Me enderecé de nuevo y débilmente caminé. Di unos treinta pasos más o menos hasta donde se encontraba la mesa pétrea. La placa horizontal de un metro de ancho por dos de largo, aproximadamente, se elevaba ligeramente más arriba de mi cintura. Con la palma de las manos recorrí despacio la textura áspera y polvorienta. En ese instante pareció abandonarme una vez más la voluntad y de un salto estuve trepada en la enorme losa. Me recosté boca arriba con los brazos unidos a los costados y las piernas ligeramente separadas una de la otra. El corazón aún excitado me golpeteaba fuerte en el pecho. Había un cielo turbio, una bóveda cenicienta que se revolvía sutilmente con el viento incesante. Sólo entonces presté atención a la sinfonía nocturna en derredor: las aves y los lobos y las ramas crujiendo; los insectos y la hierba y el arroyuelo distante, todo canturreando una melodía fantástica y seductora. Y en medio de aquel majestuoso concierto, se elevó una melodía liviana de naturaleza distinta. Esas notas cultivadas en mentes racionales, vibraban aquí y allá, a veces intensas, a veces calladas, pero siempre continuas, trazando ondulaciones caprichosamente hermosas en un idioma ininteligible. Entonces vi un destello argentino aparecer entre los árboles, una llama danzarina que se alzaba no muy arriba del suelo. El pequeño fulgor bañaba de plata la vegetación circundante. Un segundo resplandor se estremeció a no muchos metros del primero. Enseguida se encendió una tercera chispa y una cuarta y una quinta y así consecutivamente hasta que no quedó más tiniebla que la de la cúpula

parda allá arriba. Hubo un silencio mortuorio de unos minutos y luego una hilera curvada de personajes encapuchados entró al claro del bosque. Llevaban en las manos unas antorchas coronadas por flamas pálidas y unos hábitos oscuros muy parecidos al mío. El anillo homínido comenzó a empequeñecer su diámetro mientras volvía a ese canto mágico que me mantenía presa en aquel burdo altar. Alguien se acercó y se inclinó sobre mí. Quise descifrar el rostro contenido en esa caperuzza, no obstante, la impenetrable oscuridad me lo impidió. *Ekhe nah io*, murmuró una voz aterciopelada y enseguida la dueña de aquellas palabras se desnudó la cabeza. Una catarata de hebras doradas se derramó sobre mi faz y un perfume ácido y amargo inundó todo mi ser. La infanta se echó la pálida melena hacia la nuca y entonces contemplé un rostro de finura y exquisitez inenarrables.

-Zinahannan duru Mea...

Todas somos Plata -me dijo en un soplo fragante.

- Zinahannan duru Tzëzena...

Todas somos Áspid.

- Zinahannan duru Nahara...

Todas somos Agua.

- Zinahannan duru Panna...

Todas somos Tierra.

- Zinahannan duru Lonna...

Todas somos Luna.

Y sin más, estrechó mi boca con sus labios de fuego y su lengua ansiosa ciñó a la mía. *Ekhe nah io, mira a la que viene*, dijo apartándose y señalando el firmamento. Allá, distante, la negrura se revolvía con desazón. Algo en mí se despertó y pude ver que aquella bóveda sufriente no era sólo un conglomerado de nubes intranquilas. No. Había algo insólito, algo mágico en todo aquello. Era el cielo un auténtico ser vivo, un coloso a punto de parir. A tiempo mis cavilaciones se detuvieron pues en ese instante, esa placenta de vapores, sin poderse contener más, se desgarró violentamente y entonces asomó con toda su gloria la Reina de la Noche, El Espejo de La Tierra, La Dama de Plata. Por unos segundos, Ella continuó sacudiéndose los jirones restantes y luego se quedó imperturbable, majestuosa, divina, totalmente desnuda. Quise decir mucho, pero al mismo tiempo no deseaba estropear el momento con palabras absurdas. Mis labios tiritaron, la visión se me anegó de lágrimas

y el corazón se me arrebuja en el alma. Comencé a sollozar como un recién nacido. Aquella aparición beatífica había hendido cada partícula de mi ser, haciéndome reventar en una infinidad de emociones deliciosas. Pasaron muchos minutos antes de que recobrara la calma. Entonces, me quedé en silencio, contemplándola, jurando por mi vida que Ella sentía lo mismo, que me veía y se congraciaba en mis lágrimas. *iZinahannan duru Lonna!*, grité con euforia y en un impulso descabellado me despojé del manto y lo arrojé lejos. Si La Dama de Plata había sido capaz de mostrármese sin velos, no podía yo más que seguir su ejemplo. En circunstancias distintas, me hubiera dejado intimidar enseguida ante la amenaza de aquel viento glacial que fieramente arañaba mi desnudez, mas en esos momentos no quería detenerme a sufrir por nimiedades. Me acosaba un horror colosal a perderme aquella visión divina si me distraía una sola fracción de segundo. Levanté los brazos en alto hasta sentir un dolor agudo en los tendones. Quería tocarle la cara iluminada y besarla, y contarle en susurros las historias más íntimas de mi corazón...

La noche palidecía y con ella menguaba mi exaltación. No sé si las monjas ya no estaban o yo las había suprimido en aquel éxtasis místico, pero en ese momento la jovencita de faz esplendorosa volvió junto a mí. Quise enderezarme, pero el frío ya me había calado hasta la médula y estaba completamente yerta.

-No tengas miedo -me dijo con un acento extraño y con una voz que parecía el repicar de una campanilla de plata -. Todo fluye como se predijo. Todo va a estar bien...

Se recostó a mí lado y estrechó mis contornos con su ardiente silueta. En sus hermosos ojos de lapislázuli, miré reflejada a una mujer exangüe de labios amoratados que se cernía involuntariamente.

-Me llamo Zirga -susurró con su mejilla unida a la mía-. Alguna vez, en tiempos que se han extraviado en un pasado remoto, recorrí estos parajes, como tú lo haces ahora...

A horcajadas, se elevó soberbia por encima de mí. Extrañamente ya no me pareció tan pequeña ni tan cándida como al principio. Ahora era voluptuosa, lasciva, deseable. Sus cabellos dorados describieron figuras caprichosas al aire y sus pechos generosos erizaron sus puntas rosadas hacia el firmamento. Avanzó sobre las rodillas hasta que mi cara quedó justo en medio de sus muslos. Era su sexo la primicia de una cosecha fecunda que se me ofrendaba por completo.

-Sáciate de esta fuente que soy -dijo avivadamente-. Cólmate de mí y de tus hermanas, de las que añoran y claman por tu haber; de las que te pronuncian con veneración como Señora de las Exaltadas.

El convite estaba hecho y yo no podía rehusar. De mi boca asomó un renuevo menudo y tímido que acarició ese otero desnudo, hendido, henchido, fragante, exquisito. Zirga se estremeció en un suspiro callado y tensó las piernas. El gusto se me colmó de una infusión virtuosa, ácida y amarga que mágicamente me avivaba los miembros con impulsos cálidos, con deseos lúbricos que me instaban a seguir adelante. Ella se balanceaba a la cadencia de sus gemidos, acariciaba sus caderas, sus pechos, sus cabellos, mientras mi lengua, cual cuchilla inmisericorde, estocaba incesante, hundiéndose en la carne y convulsionándose como larva herida, buscando insaciablemente ese agujón, ese brote rígido, ese pabito incandescente que despuntaba como torrecilla incrustada en una fosa carmesí. Al llamado de mi propio deseo, mis manos solícitas acudieron a mi vientre humedecido. Entonces, escuché que Zirga intentaba decir algo pero las palabras se le ahogaban en la garganta con sus propios sollozos. No dudaba que ella acompañaba mis pasos desde el segundo inicial, así que la misma cúspide nos compartía. *Salve...*, por fin balbució dificultosamente. *Salve...*, volvió a decir con intensidad enloquecida. Era el viento ululando y las ramas crujiendo, las bestias y los insectos, la luna de plata, la hierba peinándose, el riachuelo, las hembras presentes, todo, absolutamente todo lo circundante me había penetrado y ahora se concentraba en el delirio entre mis muslos. Era indescriptible, insoportablemente doloroso y exquisito para poder contenerlo.

-¡Salve...! ¡Salve Aljaruxa, soberana absoluta de las hasa! -gritó al tiempo que un crudelísimo azote me arqueaba por completo, haciéndome evacuar una posición cálida y odorífera que bañó mis piernas.

Luego, no hubo más que la oscuridad plena que arriba después del caos.

Capítulo 7

DHOREM

-¿Cuántas veces tengo que decirlo? -manoteó al aire en actitud de fastidio-. Todo fue como debía, sin más ni menos, y tienes que aceptarlo te guste o no. ¡Por el amor de Dios, ya olvídale!

-¡No puedo! -chillé agobiada- ¡No quiero!

Cuantiosos meses habían corrido desde esa primera vez en que sugerí el tema, y como en aquella ocasión, la contestación era una tajante negativa. Sin embargo, ahora algo era distinto: el tiempo había mellado mis temores y me erguía inexpugnable por encima de éstos. Estaba decidida a no cerrar el asunto sin haber logrado mi propósito.

-¿Qué necesito hacer o decir para que me escuches, para que cambies de parecer?

-No hay cosa alguna -me interrumpió-, poder alguno bajo este cielo que sea capaz de hacerme cejar. Lo que me pides es un absurdo, ¡qué va!, más que un absurdo: una estupidez.

-¡Pues si no quieres atenderme, lo haré yo sola!

Volvió sobre sus pasos y se plantó férreamente.

-¡Anda! ¡Estás muy equivocada si crees que voy a caer en tu juego absurdo, en tus chantajes infantiles! ¡Vete ya y pártete a la mitad, si eso es lo que se te antoja! No seré cómplice de tus delirios.

Me dejó sola. De un salto llegué a la puerta y la arrojé con tal fuerza que se desplomó fuera de la habitación con los goznes prendidos de fragmentos del muro. Un rugido aterrador, potentado de toda mi cólera, turbó la morada hasta sus cimientos. ¡No creía posible la existencia de un hombre tan necio! Una hora más tarde, me encontré sentada en el borde de la cama, con los nervios más relajados, intentando hacer un recuento de todo lo acontecido desde el primer momento en que se engendró mi deseo de venganza.

Era una tibia mañana primaveral. Habíamos descendido por una escarpada pendiente con arbustos ralos que asomaban entre las rocas y ahora andábamos hacia el linde oriental de un estanque. Ahí, una cascada

blanca se vertía cantando alegremente y haciendo burbujas. Fui tras de Patrick zambulléndome en la corriente gélida que me cubrían hasta el pecho y enseguida, temblorosa, me moví hacia donde la catarata revolvió las aguas haciendo espuma. Fuimos por detrás del torrente y con gran pesadumbre entendí que sería obligada a trepar por la pared de enormes piedras lustrosas. Aproximadamente seis metros se prolongó el ascenso antes de acceder por un boquete y seguir un túnel estrecho que nos obligaba a ir a gatas. Una eternidad me pareció la que persistimos en aquella búsqueda incierta hasta que un halo tenue develó que el conducto había empezado a distanciar su bóveda. Erguidos anduvimos unos sesenta metros más hasta topar con un muro alto y escarpado. Una gran grieta perpendicular escupía sobre nosotros la luz proveniente del otro lado. Sin truco alguno, cual faquir experimentado, Patrick se introdujo por la hendidura hasta desaparecer totalmente. Aún boquiabierta, lo escuché reclamarme del otro lado. Eran comunes este tipo de prácticas donde se me exigía realizar actos azarosos sin el mínimo apoyo de mis facultades metafísicas. Patrick sostenía el absurdo de que era necesario forjarse bajo el yugo de las limitantes físicas para aspirar a grados superiores de conocimiento. Suspiré resignada y me froté las manos una con la otra. Con la conciencia bien lúcida me lancé a sabiendas de que tal gesta me resultaría imposible. Entró la cabeza y me arañó una mejilla. Intenté retroceder y entonces constaté alarmada que para atrás no había posibilidades: estaba atorada.

-¡Ayúdame! -grité.

-Serénate y continúa -dijo sin muestras de preocupación-. Vamos, sigue con los hombros.

Obedecí espantada y vi con alivio que me resultaba mucho menos difícil de lo imaginado. Casi sin darme cuenta, en un santiamén tenía la mitad del cuerpo del otro lado.

-Me siento como parida por tercera ocasión -dije burlescamente mientras me debatía para lograr la libertad.

-Precisamente -confirmó-. Me alegra que lo percibas de esa manera pues, en efecto, estás naciendo por tercera vez.

-¡Ya casi! -gemí impulsándome hacia afuera-. ¡Si no fuera por estas malditas caderas...!

-¡De proporciones generosas, como corresponde a una hasa de linaje real!

-¡Te burlas! Espera a que salga de este aprieto y veremos si mantienes tu

sonrisa cuando te parta a la mitad.

Un tanto magullada y con las ropas desgarradas conseguí deshacerme del cautiverio pétreo. Estábamos en una cámara circular de más o menos treinta metros de diámetro por treinta más de altura. En lo alto, una gran embocadura nos traía perpendicularmente la cegadora luz del medio día. En contraposición a la grieta por donde habíamos entrado, más o menos a metro y ochenta centímetros arriba del suelo, estaba otra abertura horizontal. Era muy inferior a la primera y de ella brotaba un chorro de agua. El afluente, tan inanimado y silente como una lengua de cristal, debía medir no más de sesenta centímetros de envergadura y se vertía en una cavidad en el suelo con muchos brazos que canalizaban el agua en diferentes direcciones hasta que ésta se perdía por pequeños orificios en la pared. La imagen se me antojaba una enorme araña diamantina.

-Me pregunto por dónde piensas que vamos a salir. Me muero si me dices que cabremos por ahí.

Me burlé indicando la fisura que paría la pequeña fuente. Él me buscó con una mirada punzante pero guardó silencio. Se despojó del fardo que llevaba colgado en la espalda y me lo extendió. Se trataba del mismo objeto alargado, envuelto en trizas hediondas, que me lanzó noches atrás y que me laceró las manos.

-Desenrédala -ordenó glacialmente.

Debajo de los harapos se encontraba una exquisita espada. Maravillada contemplé el fino trabajo empeñado en aquel auténtico tesoro. La hoja tan bruñida como espejo, la empuñadura labrada finamente con caracteres parecidos a runas. Llevaba en la guarnición, por ambos lados, tres pequeños rubíes incrustados. Las sensaciones que brotaron entonces, sólo recuerdo haberlas experimentado cuando miré por primera vez el anillo de rubí que Patrick me obsequió una eternidad atrás. Movida por un impulso absurdo, blandí con torpeza el arma y ésta silbó dulcemente como una ave ultraterrena.

-No es un juguete más para acrecentar tu colección -dijo irritado mientras me detenía de las muñecas.

Me despojó de ella y con delicadeza reverente la guardó en una vaina de cuero que llevaba en el cinto.

-*Dhorem* -dijo con ese característico halo ceremonioso que acostumbraba mientras me adoctrinaba-. ¿Recuerdas lo que es *Dhorem*?

-Pues...

-No sé por qué no me sorprende -suspiró resignado, sacudiendo la cabeza.

-*Dhorem* -continuó antes de que se me ocurriera decir cualquier bobería-, significa Acción, no como la facultad de hacer y deshacer inconscientemente obteniendo nada al final, sino como el medio por el cual se alcanza un Bien Supremo. Dhorem es, además, el compromiso, la lealtad y la reverencia que todo hummbalk debe a La Logia. La representación física de Dhorem consta de dos objetos sagrados que son El Arma Ancestral y La Piedra Preciosa. Goza de grandes poderes que son particulares para cada linaje. Sin embargo, en esta ocasión no me detendré a detallar sus capacidades y alcances. Con el correr del entrenamiento, iremos adentrándonos en la sapiencia de la Dhorem.

Desenfundó el sable y me lo ofreció. Tomé el arma por segunda ocasión, asegurándome esta vez de no parecer irreverente, y me dispuse a escuchar lo que el maestro tenía para enseñarme.

-Esta espada -comenzó la lección-, es una Dhorem falsa, por llamarla de algún modo. Si logras pasar toda prueba durante el adiestramiento del Arma Ancestral, heredarás el Elemento, que en tu caso deberá ser una cimitarra, como corresponde a la estirpe de Las Exaltadas. Por ahora, esta arma nos será útil sólo para entrenarte. Ahora -dijo mostrándome la fuente-, lo primero que debes hacer es dividir el chorro de un solo tajo.

Lo miré esbozando una sonrisilla burlona y caminé hasta la pequeña cascada. Me paré torpemente con los pies separados, en una posición más parecida a la de un tosco bateador que a la de un gallardo espadachín. Sin mayor espera, lancé un rápido golpe que dibujó una media elipse. La hoja metálica se topó con el chorro de agua como si se tratara de un arco de acero. El arma brincó de mis manos haciendo cabriolas en el aire.

-¡Diablos! -grité mientras me encorvaba adolorida-. ¡Las muñecas! ¡Creo que se me han quebrado! ¡Porqué no me advertiste! ¡Porqué no me dijiste que era imposible!

En absoluto silencio caminó con garbo y recogió la espada que en apariencia seguía sin melladuras. Se colocó a una distancia pertinente del arco acuífero y con una postura grácil como de espiga a la brisa matutina, se dispuso a refutar mi reclamo. La cuchilla silbó su grata canción mientras iba partiendo el agua vertiginosamente de derecha a izquierda y viceversa.

-Seis veces -se jactó -. Seis veces he logrado lo que tú consideraste imposible.

-¿Cómo lo lograste? -cuestioné aún doliente-. ¿Qué clase de brujería es

esa?

-Ningún hechizo tiene que ver en esto -aseveró-. Sólo es cuestión de rapidez. El fluido de esta fuente es tan compacto que no se lo puede atravesar si no se hace con una rapidez extrema. Ven acá.

Me revisó las articulaciones lastimadas y enseguida me invitó a intentar la proeza una vez más. Al principio rehusé terminantemente. Fue después de algunos regaños y amenazas que cedí aún refunfuñando.

-No eres una escultura -dijo mientras me indicaba la posición correcta-, eres un ser articulado. Fluye con delicadeza. La espada no se te va a escapar. Tómala suavemente.

El segundo intento no corrió con mayor suerte que el primero, sin embargo, esta vez no me lastimé en lo absoluto. Así inició mi aprendizaje básico en el uso del Arma Ancestral, segundo elemento de la llamada Dhorem.

Con un nuevo argumento dejé la cama y fui a la biblioteca donde mi terco mentor revisaba algunos manuscritos.

-iDhorem significa Acción! -prorrumpí.

-Sigues sin aprender -dijo serenamente sin apartar la vista de sus textos-, sigues sin aprender que hay que llamar a la puerta antes de entrar y aun así quieres darme lecciones parafraseándome.

-Olvida eso y escúchame...

-No, Gyda -me interrumpió dignándose a posar la mirada en mi rostro desencajado-. Escúchame tú. El pago por la reinstalación de tu puerta no saldrá de mis bolsillos. Ese mal carácter tuyo no ha de llevarte a buen término.

-iAhora qué importa una maldita puerta! ¿Quieres dejar de sermonear para prestar atención a lo que quiero decirte?

Se reacomodó en el asiento, entrelazó los dedos y con un ademán me invitó a iniciar el discurso.

-Dhorem significa *Acción*...

-Eso ya lo sé.

-¡Cállate, por favor!

-Está bien.

-Y si Dhorem significa *Acción*, cómo es posible que hasta la fecha mi espada siga sin acto alguno. Todo se ha limitado a prácticas y nada más. Dime, Patrick, ¿cuándo acontecerá ese suceso que me llevará a blandir la espada contra un adversario real? ¿Debes ser tú quien me muestre el momento propicio?

-No. Eso depende de ti. Tú sabrás el día y la hora.

-Pues *hoy* es el día y *esta* es la hora.

-¡Grandioso! Dime, Gyda, porque aún no me queda claro. ¿Quieres decir que tu momento propicio llega en la forma de una vengancita infantil contra un úpiro que mato a otro úpiro que se hacía llamar tu amigo?

-Si quieres verlo de ese modo, poco me importa.

-No intentes burlarte de mí porque no lo toleraré.

-Tú fuiste el que iniciaste con esos argumentos sarcásticos.

-Dejemos de lado las ironías y vamos a lo esencial. Por si ya lo olvidaste, te recuerdo que en efecto, Dhorem significa *Acción*, pero una acción especial que nos lleva a alcanzar un Bien Supremo.

-¿Qué me dices de la amistad, de la fidelidad al amor que te profesaron? ¿Es o no es eso un Bien Supremo?

-Sé por dónde intentas llevarme y de una vez te advierto que no pienso caer en tu juego.

-¿Sabías que eres un manojo de necesidades? Está bien. Me rindo. Sin embargo, si insistes en negarte a razonar, entonces siquiera dame el derecho a concluir mi discurso.

-Anda. Y hazlo pronto porque tengo muchos pendientes.

-Lo entiendo de esta forma: la amistad es un Bien Supremo. La fidelidad a alguien que amas o que amaste es un Bien Supremo. Es por eso que con mi acción pienso honrar el recuerdo de Morgana.

Acariciándose el mentón, con la boca torcida y la mirada fija en la superficie lustrosa del escritorio, rumiaba en silencio mis palabras.

-Tengo que conceder -dijo al fin abandonando la silla-, tengo que reconocer tu labor intelectual para estructurar esos argumentos. Pero también es necesario que sepas que a pesar de tu intenso esfuerzo, no convences, por lo menos a mí. Ahora, si no te importa y no hay más que agregar, tengo cosas que hacer.

Cegada por una venda, con las rodillas ligeramente separadas (entre ellas, la distancia equivalente a un puño), las nalgas apoyadas sobre los talones, la espalda totalmente vertical, las palmas de las manos descansando sobre los muslos y la espada en el suelo, a un costado. Así me veía después de un año desde aquella vez primera en que intentara vencer *La Fuente Inquebrantable* y casi me hiciera polvo las muñecas. El cómo de mi tal circunstancia sólo se podía explicar con un logro que me enorgullecía sobremanera: un día antes había sido capaz de vencer seis veces en número exacto el diamantino afluyente. Ahora, simplemente aguardaba, así, en *Eru"pah*, que significa llanamente *La Espera* y que es una de las posturas básicas de combate. ¿Pero qué era aquello que aguardaba? Pues el inicio de la última prueba del Arma Ancestral. Estremeciéndome di la bienvenida a lo insospechado.

-Recita El Precepto -ordenó Patrick.

-¿Cómo? -tartamudeé.

-Que recites El Precepto -volvió a demandar con una urgencia que me despojó de la miserable calma que aún me quedaba.

Desde meses atrás había repasado cada enseñanza en arduo estudio, no obstante, no recordaba por más intento el dichoso *Precepto* que se me requería con tanta hosquedad.

-¡Respóndeme! -resopló encolerizado-. ¿Qué esperabas de todo esto, Gyda? ¿Sólo un absurdo intercambio de estocadas durante algunos minutos?

Y de modo tal (*¡Sólo pierdo mi tiempo contigo!*), sentí un oleaje voraz compuesto de bufidos y empellones (*¡No sabes nada!*) que me inducían a un estado (*¿Qué es Dhorem, Gyda? ¿Qué significa? ¿Partir una fuente? ¿Ser un excelente espadachín?*) de escalofriante desesperación...

-¡Dímelo ya! ¡Dime qué significa Dhorem! ¡Declama El Precepto! ¡Ahora!

Con la negada capacidad de abrir la boca, me dejé sumergir en el pánico. Caí postrada, estremeciéndome inconteniblemente. Él suspiró en actitud desalentada y se alejó. Era simple. Se había acabado. Tal vez poco importaba. Ya vendrían nuevas oportunidades para las cuales yo me

facilitaría una mejor preparación. Razonaba de tal modo cuando algo en mi pecho se empezó a alborotar: la separación de Patrick se encrespaba a cada segundo en una insoportable sensación de aislamiento, de soledad, de ausencia absoluta. Entonces entendí que él me estaba dejando no por un mes, un día o unas cuantas horas. Era un engaño mío eso de que habrían otras oportunidades que me permitirían trasponer aquella prueba. Él se iba... y lo hacía para siempre.

-Primero -volví a Eru pah en un solo movimiento y grité aterrorizada con una voz no propia que se me escapó de lo más profundo de mi ser-: El Arma siempre en su vaina hasta afianzar el propósito.

Antes de que pudiera cuestionar el prodigio de recitar lo desconocido, un golpe mortal y vertiginoso llegó desde arriba. Si mi reacción hubiera aguardado una milésima de segundo más, habría sido partida a la mitad desde la cabeza hasta el pubis. Enseguida, sin que pudiera asimilar la primera estocada, siguió un diluvio de ataques de todos los ángulos posibles. Era el vaivén de un agudo tintineo mientras me movía en espirales rechazando cada tajo.

-Continúa -requirió mi sinodal haciendo una pausa.

-Segundo -proseguí con el mismo insólito impulso de la primera vez-: Mente y Corazón, Cuerpo y Espíritu en equilibrio perfecto para alcanzar Lucidez.

-Tradúcelo a tus palabras.

-Mirar como halcón sin olvidar que soy sierpe.

Vino la segunda reyerta. Esa vez no pude evitar un arañón punzante en el antebrazo derecho.

-Concéntrate -exigió-. Fija tu atención en el *aquí* y en el *ahora*. Canaliza la energía a un solo propósito. No intentes suprimir lo que sientes porque se verá acrecentado. Que el miedo te sea un motor, no un freno.

Me pidió recitar el tercer mandamiento: *Dhorem es Acción, pero no toda acción es Dhorem*. Una vez más se reanuda el combate, esta vez con ímpetu mayor. Para cuando solicitó la cuarta encomienda, *Ley inmutable es Ley perversa*, se me había hecho jirones la blusa y estaba herida de una mejilla y del muslo izquierdo. Siguieron las estocadas más salvajes de la contienda, las que me despojaron del arma. Bañada en sudor y temblando de pies a cabeza, sentí mi espada unos tres metros arriba, clavada en el tronco del árbol que nos hacía sombra. Hubo una pausa de escasos segundos. Hasta entonces, con resultados funestos, había actuado simplemente bajo la guía de mis percepciones, es decir, en un plano meramente físico. Era cierto que si insistía en continuar sobre tal

sendero no sería capaz de declamar otra encomienda; pero aún más aterradora que cualquier cosa, era la certeza de que Patrick no se detendría ante mi ineptitud. Estaba dispuesto a matarme si las cosas lo conducían a tal resolución. Tenía que obedecer a mis corazonadas, no a mi mente. Intuí entonces una embestida directa y salté haciendo un giro hacia atrás. Mi contendiente cayó de espaldas con una sorpresiva patada. Alcancé la cimitarra que aún se encontraba bamboleando como péndulo, la tomé, y apoyándome con los pies sobre el tronco, me impulsé hacia enfrente. Él se había recuperado, sin embargo, no esperaba tanta rapidez de mi parte y apenas si pudo contener mi enardecido contraataque. Con un tajo de mi parte que ni siquiera yo imaginaba posible, quebré la hoja de su espada y sin dar tregua lo amenacé con la punta de mi cuchilla.

-¡Bravo! -exclamó con el aliento íntegro-. ¡Magistral! ¡Perfecto!

-Cállate -dije temblando y jadeando incontrolablemente-. Veremos qué halagos te quedan cuando te degüelle. Ahora, si no te importa, diré el quinto mandamiento, que por cierto, es muy propio para la actual circunstancia: *No des perlas a los cerdos: Misericordia a quien Misericordia merece.*

-Y para ti, ¿qué valgo yo?

-Que te haga pedazos y se los eche a los perros.

-¿Es eso una promesa?

-Júralo.

-Entonces, que así sea, pero no sin antes concluir. Dime cuál es la sexta y última encomienda: ¿Qué es Dhorem?

-*Dhorem no es una espada* -repuse entusiasmada por la grata sensación que se enarbolaba en mi pecho-, *Dhorem no es una joya, Dhorem soy Yo.*

-¡Excelente! -aprobo con satisfacción-. Ahora, quítate la venda.

Sin respingos me arranqué la banda purpúrea y enseguida, turbada en un escalofrío, me descubrí totalmente sola. Era verdad que Patrick conseguía moverse con tanta rapidez que parecía desvanecerse, no obstante, también era cierto que después de tantos años yo me había vuelto tan sensible que lograba percibir sus desplazamientos por vertiginosos que éstos fueran. Incluso, con un margen de error muy estrecho, podía asegurar el lugar exacto donde él iría a parar. Era muy poco probable, por tal motivo, que yo no me hubiera percatado de un artificio de tal índole. Por otro lado, refiriéndome a la espada, había sucedido totalmente al contrario de lo que yo aseveré: la hoja quebrada no había sido la de mi rival sino la mía. Rengueando me adelanté unos pasos cuando llegó a

manos de la brisa fresca una música de violín. Abandoné el cónclave de hayas hasta un encumbrado en cuyo centro pelado mi tutor brindaba su airoso recital.

-iPatrick! -me adelanté.

Al instante suspendió su ejecución y se volvió ofrendando una radiante sonrisa como declaración de su profunda complacencia por mi logro. Vino enseguida y antes de que pudiera decirle cualquier cosa me pidió que me arrodillara. Prosiguió hiriéndome la frente con un pequeño trazo vertical hecho con la afilada uña de su pulgar derecho.

-*Compañera en la Senda, Amiga, Hermana* -dijo mientras me invitaba a levantarme.

-*Compañero en la Senda, Amigo, Hermano* -reiteré echándole los brazos al cuello en un abrazo efusivo.

-Dime una cosa -le dije al oído-. ¿Hubieras sido capaz de matarme?

-Sabes que no -fue la respuesta inmediata-. Pero de mí no dependía. Yo no fui tu contrincante.

-¿Qué dices? -inquirí apartándolo para mirarle a los ojos- ¿Quién entonces?

No me respondió. Sus ojos y sonrisa continuaban fulgurando.

-Escuché tu voz, Patrick. ¡Juro que te escuché!

-Así fue porque lo quisiste de esa manera. La voz de tu madre o de cualquier otro pudiste usar para prestarla a tu enemigo, que en definitiva, no era yo.

Decía la verdad. Ahora que él me lo exponía, recordaba que a momentos la voz de mi contrincante se fundía con matices no propios de la voz de Patrick.

-Tengo que confesarte algo -le dije quejumbrosamente, segura de que él no diría más acerca de aquel enigmático adversario que yo había vencido.

-¿Qué pasa?

-Juré a mi enemigo que lo haría trocitos y se los echaría a los perros. Y como pensé que él eras tú...

-¿A dónde me llevas?

-Es muy simple -dije a modo de chanza-. Me enseñaste que una promesa debe ser cumplida sin importar lo absurda que parezca, así que tendré que inmolarte para saldar el juramento.

Y con una cara de fingido espanto al mirarme levantar la espalda astillada, echó a retozar como una liebre asustadiza mientras se carcajeaba.

-Te he de alcanzar -murmuré siguiéndole el rastro con una pesadez sólo propia de un anciano en fase terminal-. Tarde o temprano te he de alcanzar.

-Entiéndelo, Gyda: no somos cazadores de úpiros. Dejamos que sigan sus asuntos y que se guarden de interferir en los nuestros, eso es todo. No pretendo entender la razón por la que ellos fueron puestos en este mundo. Pero si de algo estoy seguro, es de que soy nadie para juzgar los motivos de La Mano que todo lo rige.

-iPero tú los odias, Patrick!

-Los aborrezco más que a nada, sin embargo, eso no justifica lo que me propones.

-¿Te parece poco motivo que hayan matado a una amiga mía?

-No es mi problema. Yo no te pedí que te enredaras en esa locura.

-Te he visto cientos de veces acorralarlos, jugar con ellos y después hacerlos trizas. ¿Cuál sería la diferencia en esta ocasión?

-El móvil. Siempre que he aniquilado a alguno de ellos ha sido por motivos que conciernen a La Logia, asuntos de suma delicadeza que harían peligrar la esencia de lo que somos. No lo niego: disfruto la tarea de exterminio, pero jamás en la vida sería capaz de asesinar por simple placer ni a la más pequeña de esas ratas.

-Aquí hablamos de venganza, no de placer.

-iVenganza! ¿Venganza contra quién y a favor de quién? Tu dichosa amiguita era una de ellos y eso la hace igualmente despreciable.

-iNo te permito que la ofendas!

-¡Basta! ¡Es asunto cerrado!, ¿lo oyes? ¡Se acabó!

-¡Por Dios Santo, Patrick, hasta dónde hemos llegado por tu ridículo sentido del deber! ¡No te estoy pidiendo que defraudes tus rancios y absurdos principios éticos! Esto no te concernirá en absoluto. Es mío ese infeliz que asesinó a Morgana. No dejaría que le rebanaras ni un cabello.

-¿Entonces qué quieres de mí?

-¡Saberte conmigo! ¿Lo oyes? ¡Saber que muy por encima de ser mi guía, eres mi amigo, y que por eso me respaldas a pesar de las disparidades entre nuestros conceptos! *Compañeros en la Senda, Amigos, Hermanos* ¿Lo recuerdas?

Vi en su gesto disolverse el ímpetu de seguir refutándome. Bajó la mirada y obedeció su intención de marcharse.

-Patrick -le llamé casi musitando y él se detuvo bajo el umbral-, entiendo que es difícil para ti aceptar lo que quiero hacer.

-No, Gyda -susurró sin volverse-, no lo entiendes. Si así fuera, estarías rehusando tus intenciones. Lo diré una vez más por si aún no te queda claro: no cuentas con mi apoyo. Quedo libre de tus acciones posteriores a esta discusión.

Estaba claro que él no me respaldaría ni con los argumentos más elocuentes. De mi lado, también era evidente que si aceptaba dejar las cosas como estaban, el inmenso rencor jamás podría amputárseme. Tenía que salir en ese mismo segundo para cobrarme con sangre la insufrible sensación de adeudo con Morgana.

Capítulo 8

ODA A LA QUE AMÉ

¿Cómo entender a Patrick? ¿Cómo dismantelar toda aquella compleja maquinaria que lo cincelara hasta aquellas sólidas formas? Reacio dirigente, maestro destacado, pensador excelso, feroz cazador y guerrero, auténtico e inamovible basamento para los Nacidos de Qendlallá desde tiempos añejos hasta la era actual. Sólo veo respuestas en un gran sufrimiento que se remota a edades antiquísimas e inciertas.

Dahanan-Devrah, término en humminy que significa *Gran Vasija*. En un principio tal congregación se erigió sin mayor pretensión que la de resguardar la sabiduría de los Hijos de la Penumbra. Sobra decir que la crema y nata de los siete linajes se había cuajado en la nombrada hermandad. Se iniciaron academias varias, cada una con su respectivo cauce de acuerdo al fundador, pero siempre con la misma inamovible encomienda: mantener vivo el Corazón de La Tradición. Con el fluir de los siglos, algo inesperado empezó a germinar en el núcleo de la asociación Dahanan, mutaciones peculiares que se manifestaron en un principio con la pérdida de todo patrón de apariencia física así como de sananzarah. Los cambios habían pasado a concretarse tan sutilmente que nadie en las altas esferas de La Logia pareció percatarse de ello, o más bien, poco les importaba. No obstante, no mucho tiempo después las variaciones físicas y psíquicas dejaron de ser sutiles y pasivas y comenzaron a concretarse en una fuerza increíble e incontenible que prometía heredar a los Dahanan-Devrah a manos llenas grandes dones, entre los cuales despuntaba la envidiable virtud de la inmortalidad. Más ágiles, más fuertes y con una sensibilidad paranormal desmedida, estos *Eruditos Guerreros* pronto se erigieron como una nueva raza de supremacía devastadoramente innegable. La tensión crecía a cada instante. Aires caldeados con demandas de guerra ventilaban los fastuosos palacios de los Grandes Señores. La Logia se vio fragmentada entre los que exigían una cruenta solución y los que invitaban al diálogo. Para los no pocos detractores, los Dahanan eran en sí mismos una aberración y decían que tolerar el surgimiento de este *octavo linaje* era más que inconcebible, una auténtica blasfemia contra el Orden Superior. Aun así, se optó por la vía pacífica ignorando que, para desventura de todos, tal decisión resultaría en una catástrofe mayor: Ayobeth Dahanan-Devrah, quien alguna vez perteneció al linaje de las hassa y que fue enviada como embajadora de los Eruditos Guerreros, intercambió la epístola oficial en la cual se confirmaba la total sumisión de los Dahanan al Alto Concejo por otra misiva donde se declaraba terminantemente la guerra contra La Logia. Las trompetas marciales resonaron con ferocidad en las atalayas de los castillos. La espada y el yelmo se alistaron. Inevitable era ya el

derramamiento de sangre. Cuando se desenmascaró la falacia de Ayobeth, era muy tarde. De los siete linajes surgieron aliados que intentaron reivindicar la posición de los descartados, sin embargo, el mal ya se había enraizado con demasiada y no pudo evitarse que los Dahanan estuvieran al borde de la extinción. Ayoveth, la traidora, Ajdenah-Myar, Kellozhe y Dzépuvbuz, únicos sobrevivientes a la Guerra de la Purificación, fueron castigados con la mayor humillación que puede soportar un hummbalk: La privación de la Dhorem, que equivale al exilio.

Dicen que el tiempo sana toda herida. Tal vez sea verdad, tal vez sea una mentira estúpida. Lo que sabemos es que nuevos horizontes se divisaron cuando Gabriack Qendlell fue nombrado Gran Maestro y por derecho presidió el Supremo Cónclave de La Logia: la reincorporación a La Hermandad fue otorgada nuevamente a los Dahanan-Devrah.

Recordaba, y al hacerlo, me sonrojé con vergüenza. Era perverso exigir que Patrick negara su formación recalcitrante para obedecer mis caprichos de chiquilla ñoña. Ya después tendría tiempo para disculparme por demandar su apoyo en aquella locura; eso sí, si antes no caía abatida ante la horda de úpiros que se contemplaban perfectamente desde aquella cornisa a través de un gran vitral. Tomé a Khendhe por la empuñadura y desnudé su hoja. ¿Había mencionado ya la traducción del nombre de mi espada? Creo que no. *Khen*, de modo indistinto, significa Señor o Señora. Por su parte, *dhe* quiere decir luna, pero no igual que *lonna* pues dicho término sólo hace referencia a un estado plenario del satélite. *Dhe*, más bien, se relaciona con una luna en estado evolutivo. Así pues, khendhe se traduce más o menos como Señora de la Luna Creciente. En fin. Esto fue sólo un paréntesis para amainar la zozobra que aún evoca el recuerdo. Decía que liberé mi cimitarra de su vaina. Era la media noche, una noche tenebrosa encapotada de nubarrones atterradoramente colosales que vertían inclementes sus aguas oscuras. Así lo había decidido yo. No quería aventajar a mis adversarios ni medio ápice. Fácil hubiera sido abrir féretros a plena luz del día, cercenar sus cabezas y punzar sus corazones cuando nada fuera posible para evitarlo. Pero no. Más bien era lo contrario. Me presentaría en su propio terreno, sola, a la hora en que su poder es mayor; y si no era capaz de vencer de tal modo, entonces prefería ser destruida. Así, con la nombrada convicción latente, me lancé al vacío. El cristal se traspasó con mi impacto devorándose todo sonido dentro de la tétrica mansión. Hice una pirueta en el aire antes de caer en el medio de un círculo tramado de cuerpos semidesnudos. Innumerables cabezas se desentendieron de su sangrienta labor y asomaron como botones podridos ante el estrépito de mi arribo.

-Caesar -dije mientras mis botas conjuraban chirridos al pisar sobre los

escombros-. Quiero a Caesar.

Por respuesta, una mixtura de lamentos pavorosos rebotaron sobre los muros. De sus posiciones comenzaron a desprenderse los malditos para acudir a mi provocación. Por detrás y desde arriba llegó el primer ataque el cual evité con un tajo que partió a la mitad el cuerpo del endemoniado. La turba quedó petrificada un instante mientras yo limpiaba la cuchilla con el pulgar para después llevármelo a la boca.

-¿Quién eres? -chilló una hembra famélica de enormes pechos desnudos- ¿Qué quieres del maestro y cómo es que te atreves de tal modo a profanar su techo?

-¡Soy Aljaruxa! -aullé- ¡Y juro por mi vida que no verán un ocaso más si no me entregan a Caesar!

Energúmena, la infernal multitud se arrojó a trompicones sobre mí. Dibujando trayectos elípticos a todo lo ancho de la sala, me volví unas aspas irrefrenables que arrojaban extremidades putrefactas por doquier. Venían embates que eludía desmembrándome en niebla para concretarme enseguida y contraatacar de nuevo con ferocidad letal. En un principio me pareció que aquellos seres eran de una torpeza exagerada, con una movilidad entumecida que rayaba en la ridiculez, no obstante, al avanzar la contienda, mi fuerza comenzó a menguar. Apenas diezmada una compañía, relevaba otro escuadrón aún más aguerrido y superior en número. Y así, una vez tras otra, se iban sumando espectros al asalto. Más de una vez me vi aplastada unos instantes por aquella masa bestial antes de que ésta se viera reventada en una explosión de cadáveres. No sabía por cuánto tiempo más sería capaz de contener el oleaje brutal. La reserva de energía iba agotándoseme y aquello se manifestó en mi vulnerabilidad: una garra traspasó mi vientre, el brazo izquierdo me fue dislocado y un fémur partido en dos. Me replegaba resoplando cuando intempestivamente trastabillé con uno de los caídos y de bruces quedé. Me cercaron. Con el íntegro convencimiento de que había perdido, recordé a Morgana y esperé el golpe final. Entonces, sin explicación visible, mis enemigos se echaron para atrás en una huída taciturna. Hecha un guiñapo, miré con asombro cómo mis contendientes eran devorados por las sombras en las esquinas mientras una figura envuelta en un manto que se asemejaba al plumaje de un cuervo iba acercándoseme flotando. Aquel era un rostro de aristas recalcadas como facetas de una joya. Curiosamente, los rasgos se me antojaron parecidos a los de mi tutor, aunque con un gesto maligno. Bullía en el aire una perversidad milenaria, edades incontables de crueldad y muerte que hacían la noche infinita y terroríficamente más negra.

-¿Quién eres? -bufó una voz grave y cavernosa que casi me hizo

desfallecer- ¿Qué eres?

No respondí.

-¿Qué te inclinó a pensar que vencerías a Caesar?

Echó su helada sombra sobre mi cuerpo que se balanceaba impensadamente y me rondó en maliciosa inquisición.

-Pobre estúpida criatura -vociferó-. Creía ella en ridícula fantasía que se cubriría de gloria al aniquilar a este gran señor.

-Mentiras -siseé de modo tal que apenas si pude escucharme yo misma.

-¿Cómo dices? -inquirió apresándome la cara con sus manos y obligándome a mirarlo a los ojos.

-Mentiras -reiteré esforzándome para no perder el aliento frente a esa bocanada descompuesta-. No me interesa honor alguno que pudiera brindárseme por tu cabeza.

-¡Entonces, explica tu atrevimiento! -rugió zarandeándome como a un almohadón.

-Algo me debes.

-¿Y qué es eso?

-Me has robado la esperanza.

Y en esa ocasión, mi voz fue límpida como el silbido de un caramillo. Era el tañer de mis fibras más profundas que cantaban la razón última de mi lucha: Morgana. Entonces fui consciente de que, sin pensarlo, me había dispuesto en *Eru''pah*, la postura de combate. Con un impulso no brotado de la energía física, vine como relámpago a hundir mi sable en aquel pecho desecado.

-¡Me has robado la esperanza! -grité empujando hacia enfrente, llevando al vampiro al extremo de la sala hasta clavarlo al muro.

Voces. Gritos. Quizá el tenebroso coro de incontables víctimas se escapó de esas fauces abiertas. Una ráfaga nos sacudió. Un nubarrón de murciélagos se arremolinó en la habitación antes de huir por el ventanal. Luego un silencio expectante. Con mano temblorosa mi víctima se aferraba a la hoja de Khendhe para apartarla.

-Es inútil -dije desplomada a sus pies al reponerse mi fragilidad-. Ella no cederá a menos que yo lo quiera. Y no quiero. *Misericordia a quien*

Misericordia merece.

Me arrastré hasta un cuarto contiguo y quedé tendida buscando reponerme. Aquello tomaría sólo una hora u hora y media. Entonces estaría ilesa como en un inicio. Lo tenía todo planeado y había mucho por hacer.

Un estremecimiento inopinado me recuperó del sopor en que me había encapsulado la espera. De un brinco estaba enderezada sacudiendo los miembros para comprobar mi total sanidad. Macilenta cual andrajo, mi presa yacía sin más obstinación por liberarse. Tuve miedo de que se me desvaneciera antes de lo necesario y con prontitud acudí a mis alforjas para sacar una bombona rellena de sangre. Se la llevé a los labios y el gris verdoso de sus pellejos fue recuperando brillantez. Era suficiente. Sólo debía mantenerlo vivo, si así se le puede decir, unas cuantas horas más.

Debía cubrir todo recoveco por donde pudiera filtrarse y sorprendernos un rayo furtivo y así lo hice. Además, improvisé un telón con una cortina parda y algunas cuerdas de modo tal que pudiera plegar y desplegar a mi antojo sobre el ventanal por el que había hecho mi entrada. Acabaron una hora más cuando estaba totalmente montada la escenografía idónea para el acto planeado en mi raciocinio iracundo. Por fin, acudí una vez más botella en mano a mi soso espectador para reanimarlo con algunos sorbos.

-Ten paciencia -murmuré con sarcasmo-. En minutos escasos daré comienzo la obra.

Algo me alertó: un rumor de husmeos entre los escombros. Sin chistar supe que no era vasallo alguno del que estaba clavado. Era Patrick. Con morboso interés se apuraba a contemplar la cúspide de mi faena. Seguramente me creía ignorante de su presencia y resolví dejarlo continuar con aquella absurda idea.

-¿Por qué? -balbució mi víctima cuando quité la poción de sus labios y me disponía a otros menesteres- ¿Por qué? -repitió más claramente.

-¿Cómo osas? -vine como rayo en transfiguración monstruosa- ¿Cómo es posible que no encuentres motivos para valerte la sentencia que te doy? Piensa, piensa en la cifra interminable de hombres y mujeres que con gusto acudirían a tu inmólación. ¿Cuántos, dime cuántos sacrificaste en tu lasciva demencia? ¿Miles, millones?

En esos momentos mi cólera llegó a grado tal que estuve a punto de renunciar a mis lucubraciones iniciales para dar fin de un solo golpe a aquella repugnante existencia. Por fortuna, pude contenerme. Supe que una fugaz aniquilación significaría demasiada clemencia para alguien que

no merecía ni visos de ella. Apaciguándome con no poco esfuerzo, me eché para atrás.

-¿Qué más da? -volví al argumento- ¿Qué me importan los muertos incontables que llevas auestas? Sólo una, sólo una de tus víctimas me vale que sufras como ninguno de tu calaña ha sufrido jamás. Una chiquilla de ojos luminosos, tez nívea, líneas dispuestas como constelaciones en armonía ultraterrena. A ella, mi niña, la abismaste del cielo perfecto al fango pútrido de la inexistencia. ¡Asesino! ¡Bastardo! ¡Hurtaste mi esperanza!

E iracunda tiré en un solo movimiento del cordel que alzaba la cortina en el ventanal y un resplandor afilado corrió hasta el vampiro quien al instante gimió con aullidos estentóreos mientras una llama purpúrea carcomía sus pies.

-Quisiera -repuse en deleitosa sensación mientras me facilitaba un asiento-, quisiera hacerte partícipe de las siguientes líneas. ¿Me permites?

La carne gorgoteando en hervor, reventándose en ampollas múltiples que destilaban una fetidez horrenda volatilizada en espirales de negra flatulencia, se confabulaba a los clamores espantosos en una ópera meramente demoníaca. Sin perturbación me quité de entre los senos una esquila humeada y la desdoblé enseguida.

-Es de ella -aclaré-. De la niña que mataste. Sí. Se llamaba Morgana, ¿sabes? ¡Vaya que es difícil creer posible una virtud como la suya en alguien tan pequeña! Era una auténtica experta en la prosa poética...

Patrick, en su butaca escondida entre las sombras, se temblaba con gozo maquiavélico, en un éxtasis desequilibrado a punto del orgasmo que me espoleaba a continuar. Carraspeando, me dispuse a dar lectura:

-Vuélvome al antes. Revuelvo con la calma extinta en el áspero saco del recuerdo. Mas nada existe...

Sin apartar la mirada del texto y sabiendo que la tortura empezaba a menguar, volví al telón para izarlo otro poco. El halo creció hasta el nivel de la cintura del varkolak. Con aspavientos mayores se repitió la escena anterior.

-Bullicio -continué-, bullicio de lo que acontece anuló en acto piadoso la mediocre andanza que se empeñaba en cincelarme. Nada del ayer. Sólo hoy. Hoy, que se me brota de los labios cual sarmiento esperanzado. Hoy, que entona loas a lo que asegura tu seno rumboso... ¡Escucha! - interrumpí con actitud de mocosa pícara-. Pon atención. Este fragmento podría hacer referencia a ti: Y así, con la conciencia enarbolada, viene

entonces aquel malhechor que azora el tiempo de júbilo... ¿Tú qué opinas? ¿Crees que habla de ti? Tal vez. Poco importa. Continúo: ...ese cuya encomienda única es contra el amor puro cometer sacrilegio; hediondez palpitante de boca ociosa que me enjuicia de la alegría el derecho: ¿Bajo hazañas cuáles de ti me acredito celestial miramiento? ¿Posible es que magnánimo serafín pronto esté a inclinarse ante el fétido gusano?... ¡Por Dios Santo, ya para con esos gimoteos! ¡Muere con dignidad, aunque sea lo único bueno que hagas en tu maldita existencia!

Volví a halar y la luz le vino hasta el cuello.

-Y lastimosa, bajo el yugo de la indignidad, de la Gloria vengo a ausentarme para acudir a suelos propios de mi estirpe, esos donde la asquerosidad se regodea y sus vicios entrona la congoja. ¡Ven y jura, por el dios que de alas te ciñó, que falacia no es lo que mis labios prenden en los tuyos!...

Me detuve a razón de la garganta hecha nudo. Un sollozo bárbaro me obligó a caer arrodillada.

-Yo la amaba -aseveré con palabras rotas-. La amaba más que a mi vida. Tomando la muerte sin respingos hubiera cambiado por ella.

Antes de reemprender, me repuse de un brinco y enjuagué el llanto con mis puños.

-¡Acude pronta, señora de mis desvelos, a acallar del verdugo su hosca monserga! ¡Jura en suspiro de amor que preñada estás de mí verdaderamente!

Por venia del Cielo, en magnánima tregua, brindome el Astro Rey uno de sus rayos en tu exquisita forma.

Terminé. Por fin develé completamente el ventanal dejando que la aurora consumara mi venganza con una flama gigantesca que humeó el techo y que fue palideciendo poco a poco hasta extinguirse en una suma de restos informes. En mi pecho, todo se parecía a lo que contemplaban mis ojos: puras cenizas. Nada había cambiado: ella, Morgana, seguía muerta, y yo, atormentada.

-Patrick -musité-, sé que estás ahí. Muéstrate.

No me atendió. Sólo su voz llegó a mí como el siseo de una culebra:

-¿Cómo te sientes? ¿Mejor que antes de consumir tu venganza?

-No -gimoteé-. Duele... duele más.

Y urgida de rehusar cualquier reprimenda de su parte, salí por una rendija tomando el rumbo de la mañana creciente.

Consciente de que en el anterior relato no es posible estimar la completa belleza de las palabras que Morgana me tendiera con amor puro, transcribo íntegramente su poema:

El Canto de Morgana

Vuélvome al antes. Revuelvo con la calma extinta en el áspero saco del recuerdo. Mas nada existe. Bullicio de lo que acontece anuló en acto piadoso la mediocre andanza que se empeñaba en cincelarme. Nada del ayer. Sólo hoy. Hoy, que se me brota de los labios cual sarmiento esperanzado. Hoy, que entona loas a lo que asegura tu seno rumboso.

Y así, con la conciencia enarbolada, viene entonces aquel malhechor que azora el tiempo de júbilo, ese cuya encomienda única es contra el amor puro cometer sacrilegio; hediondez palpitante de boca ociosa que me enjuicia de la alegría el derecho: ¿Bajo hazañas cuáles de ti me acredito celestial miramiento? ¿Posible es que magnánimo serafín pronto esté a inclinarse ante el fétido gusano? Y lastimosa, bajo el yugo de la indignidad, de la Gloria vengo a ausentarme para acudir a suelos propios de mi estirpe, esos donde la asquerosidad se regodea y sus vicios entrona la congoja. ¡Ven y jura, por el dios que de alas te ciñó, que falacia no es lo que mis labios prenden en los tuyos! ¡Acude pronta, señora de mis desvelos, a acallar del verdugo su hosca monserga! ¡Jura en suspiro de amor que preñada estás de mí verdaderamente!

Por venia del Cielo, en magnánima tregua, brindome el Astro Rey uno de sus rayos en tu exquisita forma.

Capítulo 9

POR SIEMPRE TUYA

Refiriéndome a sexo, no me guío con medida. La templanza no figura como virtud dentro de mis parámetros, y por ello, doy rienda suelta a mis pasiones. Antes más que ahora, no por madurez, sino porque el tiempo, aun para una hasa de real abolengo como yo, es buen moderador de esa comezón ansiosa que frecuenta las bragas. Los primeros años no puedes evitar que ese lado humano se te aferre con uñas y dientes de donde puede y el remordimiento se encarga de apagar tus bochornos. No queda más que apaciguarte con las manos, ocultándote en escondrijos lóbregos, y así, mantener a salvo esa imagen de damisela cándida amparada en su cajita de cristal. Después, llega la época libertina. Ya no te importan los rumores, los pensamientos morbosos de los allegados; tampoco basta recorrerte con los dedos de frontera a frontera. Tocarte es bueno, ¡vaya que lo es! En asuntos de lujuria no existe pareja más comprensiva y compatible que tu mano. Pero a veces necesitas batirte, luchar, disgustarte y someter a un inepto que no logra conducirte favorablemente al estallido. Mías fueron prostitutas y monjas; casadas, solteras, viudas; damas opulentas de preciada reputación y callejeras desarrapadas. Las tomé una a una o en manojos, según mi capricho. Reconozco que de haber conservado la condición de ischim, temprano habría muerto de sífilis o de alguna otra roña. Era yo una auténtica fábrica de orgasmos, ajenos y míos, y eso era más que bastante para que un sin fin me buscara con la dependencia enfermiza trazada en su rostro compungido. Tenía amantes eventuales y algunas de varios años, pero nunca estaba sola. Así, se me fueron décadas enteras sin interrogantes ni respuestas, hasta que un día cualquiera decidí hacer un alto y mirar hacia atrás, echar luz sobre la cuestión y explicarme todo, si esto era posible. Primeramente, era lesbiana, no por un convencimiento racional sino más bien por instinto, ¿pero debido a qué? Las mujeres figuraban en mí como esencia, como algo primordial. Las amaba y las amo con demencia, con entrega ardorosa porque mujeres han sido las que compartieron momentos fundamentales de mi vida. Ahí está Lathgertha, encaramada en la cima. Luego viene Morgana. Enseguida, una lista interminable, un sinnúmero de nombres, unos vivos y palpitantes, otros oscuros e imprecisos, pero todos de fémina: Erika, Gabrielle, Elizabeth, Tarja, Lizette, Kasturbai, Dolores, Felitsa... ¡Y podría seguir así durante días! Prefiero que no. Y por si esto fuera poco, también estoy consciente de que algún día arribará mi *ditrixh* (*prometido*, dicho en humminy), mas no puedo concebirlo si no es con traza femenina. Todo en mi llana existencia homosexual se hubiera visto tan claro como un firmamento de abril si no fuera por la presencia de un factor incómodo: Patrick Bonham, Dzépuvbuz Dahanan-Devrah, su verdadero nombre. ¡Qué más da el título, verdadero o inventado, si el

príncipe sigue siendo el mismo! Por él, hubiera sido capaz de renunciar a mis obstinados y ardorosos quehaceres entre enaguas. Él era más que algo en mi vida. Era todo. Mi todo...

-iBonjour, jeune dame!

Eran los primeros rayos de un día creciente los que ahuyentaban a las sombras echándolas a los rincones. Madame Juliette, con su contorno esferoidal, me saludó a la distancia y anduvo contoneándose desde la pequeña sala hasta el pie de las escaleras, donde yo estaba luchando imperiosamente para que un caballete, dos lienzos y un portafolios manchado que me había echado encima, no consiguieran derribarme. A tiempo llegó para evitar mi tragedia y con una carcajada franca me sostuvo del antebrazo.

-iEn qué aprietos te metes, niña! -dijo meneando la cabeza, con una sonrisa que acentuaba sus mejillas rechonchas como granadas.

Eran los días marchitos del verano de 2001. Fastidiada, había buscado desesperadamente fugarme lo más pronto posible de la vida social y de la ardua práctica de los deportes invernales. Fue así como convencí a Patrick de marcharnos con un frugal equipaje debajo del brazo en dirección a la campiña francesa. Una tardía y enfermiza atracción por Cézanne y todo aquello de lo que él se hubiera nutrido, nos hizo instalarnos en Provence, en Les Baux, particularmente. Desde muy temprano abandonaba la casa de huéspedes y andaba de aquí para allá, a veces en el campo, a veces entre las hermosas callejas como salidas de un cuento infantil. Pintaba casi todo el día y al caer la tarde, regresaba a paladear las deliciosas galletas de Julie acompañadas por un aromático café. Empezaba a leer las primeras líneas en un librito gastado cuando ella me interrumpía con las noticias frescas de la jornada. Se le desataba la lengua y no paraba hasta después de una hora u hora y media, cuando después de haber reído sin parar como un par de estúpidas, nos dábamos las buenas noches.

Ese día fue totalmente diferente. Ya desde las horas próximas a la aurora un sueño intranquilo me revolvía bajo las sábanas. Me sentía desanimada, enferma, con el cuerpo aletargado y el espíritu indispuerto. El aire bohemio se veía ajado, más bien extinto; sin embargo, seguí yo con la absurda teoría de que aquello no era más que la falta de un poco de sol y de aire fresco y salí. Me instalé en una extensa colina moteada de florecillas purpúreas que se derramaban sobre una depresión tinta en crecida esmeralda. Raso el cielo, tibia la brisa, alto el sol de irradiaciones clementes; todo en un conglomerado armonioso que hacía la invitación a plasmar una genuina obra maestra sobre el lienzo; no obstante, no conseguía siquiera concentrarme. Algunas líneas temblorosas de pincel a tela y entonces la frustración de borrar y empezar de nuevo. Cambiar de

ángulo, trazar de arriba a abajo o de abajo a arriba, de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, pero ninguna de aquellas fórmulas parecía descifrar el enigma de mi inquietud y con pesadumbre tenía que aceptar la burla del inclemente fracaso ante mis narices. Al final, la obra frustrada voló por los aires en un acto desesperado. Me tumbé boca abajo sobre la hierba. Una impresión familiar comencé a discernir aquí adentro, en mi pecho, sin embargo, no me era posible recordar el momento en que la hubiera notado la primera vez y a qué podría hacer referencia.

Estaba de vuelta tres horas más tarde. Mientras mis pasos acortaban la distancia, esa pútrida y sombría sensación aumentaba. Entonces, poco después de que las primeras casas me vieran pasar a su lado, la silueta de mi desazón se definió con claridad suficiente como para comprender lo que se avecinaba: Patrick se iba, no sólo por unas semanas o unos meses. Me estaba dejando para siempre. Ahora lo recordaba a la perfección: había sentido algo muy similar cuando en la última prueba del Arma Ancestral yo me declarara incapaz de recitarle El Precepto y él se apartara de mí. Llegué corriendo a la posada. Juliette, desde la pequeña sala, me dijo algo que no me importó escuchar y que aún siguió recitando cuando yo cerré la puerta de la habitación. Hurgué desordenadamente en busca de alguna nota, alguna señal que me revelara la razón del abandono, no obstante, nada encontré. Mi cuerpo, temblando sin control, empezaba a resentir los efectos de aquella tortura. Se sentía como si un puño gigantesco me hubiera golpeado por dentro y empezara a vaciarme a un tiempo vertiginoso. Alguien llamó a la puerta.

-Te grité -dijo Julie bajo el umbral-, pero parece que no me escuchaste. Monsieur Patrick me pidió que te diera esto.

Desesperadamente rasgué el sobre y desdoblé el papel. Donde siempre, decía una simple línea en un ágil trazo oscuro.

-¡Pero qué te pasa, muchachita! -exclamó la hostelera mientras me sostenía para que no me echara para atrás en un desmayo repentino- ¡Estás más pálida que un ánima! ¿Te sientes bien?

-No, Juliette -concedí-. No estoy bien. Y de seguro las cosas empeorarán...

Iba escaleras abajo antes de concluir la última frase. Corrí. Corrí tan velozmente como pude mientras el macilento universo en mi entorno se derrumbaba a pedazos. Desde siempre supe que él se iría, no obstante, aquel conocimiento me era secundario, trivial, como una simple amenaza de su parte para regular mi agreste comportamiento. Nunca creí que el adiós se concretaría. Habían pasado los años que se habían convertido en décadas y éstas a su vez ya eran los ladrillos no de uno sino de dos siglos completos; y yo, por mi propio bienestar, había exiliado aquella

advertencia o amenaza en el rincón más oscuro de la memoria.

El cielo amenazó con un rugido imponente y comenzó a hacerse sombras. Él estaba ahí, de espaldas a mí, sentado sobre una piedra enorme. Detuve mis pasos a unos cuantos metros, me arreglé las ropas y me llené en un respiro profundo antes de iniciar el combate, la prueba final, la que en verdad sería la última de mis batallas.

-¡Qué clima! -le abordé- Apenas se puede creer que hace un par de horas todo esto fuera un paraíso...

-Doscientos -me silenció con voz áspera -, doscientos cuarenta y cinco años no me han sido en vano, Aljaruxa Hassa. Te conozco aún más de lo que tú misma podrías conocerte. No me vengas ahora con esas tus chanzas vulgares, con esa tu perfeccionada pero inútil manía de mostrarte ingenua ante mí. Bien sabes para qué te he mandado llamar.

-Sé que te vas -siseé impensada y estúpidamente frente al hiriente intersticio que habían tomado sus palabras iniciales-. Me parece bien - continué sin respiro intermedio luchando afanosamente por reponerme de la primera frase que me había colocado en tremebundo peligro-. Hace mucho tiempo que no nos permitimos estar solos, sin que uno interfiera en los asuntos del otro. Esto se ha vuelto asfixiante. Descansarás de mis locuras pues reconozco que en ocasiones ni yo misma me soporto. ¿A dónde piensas ir? ¿A España, a Italia? Quizá puedas visitar mi tierra y traerme noticias de mi gente...

-¡Por Dios Santo! -se enderezó y vino a mí como un rayo- ¡Ya para con eso! Jamás te mentí, Gyda. Desde el principio supiste de mis labios que esto tendría un final. No veo motivo para perder el tiempo en justificaciones. Se ha llegado mi hora. No más. Tengo que partir.

-¿Y por qué en este mismo instante? -pregunté con la voz quebrada- ¿Por qué ahora precisamente? ¿Qué hice? ¿Qué te hice esta vez? Te concedo que últimamente he cruzado el límite, pero creo que no es motivo suficiente.

-Nada tiene que ver contigo -volvió a darme la espalda-, con lo que haces o dejas de hacer. Tu entrenamiento ha concluido. No me necesitas más.

Ante su arrogancia brinqué en un segundo de la desolación a la cólera.

-¡Necesitar! -le grité- ¡Altanero maldito! ¡Eres el menos indicado para decirme qué es lo que necesito!

-¡Nemeh ginne targa"ka, Aljaruxa Hassa! - *iTe he dado mi vida!*, gritó en

humminy- ¿Eso te parece poco?

-¿Tu vida? ¿Cuál vida? Siempre fuiste atento cuando se trataba de enseñanzas y aprendizajes. Duro, inamovible y gélido como un témpano. Mas si hablamos de entrega, entrega absoluta, de compartir las vísceras del espíritu, en qué posición quedarías. Dices que me diste tu vida. Tu vida era lo que más anhelaba y no esas patrañas, esos preceptos sacados de un baúl podrido con los que me alimentaste día a día.

Se quedó pasmado, sin aliento o impulso para arrebatarme la razón y llevarla de su lado. Su mirada enrojecida y trémula se me volcó al rostro y entonces comprendí no con poco asombro que él empezaba a malograr el control.

El viento silbó sobre la hierba crecida y unas cuantas gotas partieron el aire verticalmente.

-En cambio yo -continué un tanto más serena-, yo me di a ti por completo. Me ofrendé a tus días como al ser de mi más profunda y absoluta devoción. Habría sido tu esclava, me habría humillado ante ti si tan solo me hubieras insinuado que lo deseabas.

Dejé que mis manos rodearan su cintura y, sin oposición, lo atraje hacia mí. Hallé en su rostro perfecto esos hermosos ojos, y entonces, lo confirmé un dios. Era tan bello como en la hora primera de nuestra historia, sin embargo, ahora algo era totalmente distinto: lo amaba con una fuerza que se salía de mí y anegaba todo en derredor.

-Me habrías hecho tuya con sólo un parpadeo -susurré en un vibrante suspiro-. ¿Qué te detuvo? ¿Qué te detiene ahora, en este mismo instante?

Lo vi a punto de caer desmoronado sobre mis brazos, mas enseguida y sin que pudiera evitarlo, disolvióse aquel acento de pesadumbre tras la careta de la inclemencia.

-¿Por qué me haces esto? -dijo con la mandíbula apretada- ¿Por qué me haces esto, Gyda Skjaldmö?

Me hizo a un lado y se apartó hasta una pequeña loma desde donde se podía contemplar el pueblecillo. Antes, aunque en pocas ocasiones, ya lo había visto enojado, no obstante, puedo afirmar que jamás se salía de sus cabales. Los furores sicópatas eran particularmente míos. Aun en momentos en que se veía extraviada mi sensatez y me abalanzaba en su contra, él siempre mantenía la serenidad, evitando, nunca respondiendo. Ahora estaba yo ahí, aterrada, ante un hecho inverosímil, incomprensible, ante un ser de apariencia idéntica a la de Patrick, pero de actitud irreconocible. Se lo veía atormentado, fuera de sí, con el corazón y la

mente en desequilibrio total. ¿Podía el amor cuajar tal sortilegio?

-Quisiera -dijo por fin-, quisiera haber sido uno de ellos -indicó las lucecillas enmarcadas en sus ventanas rústicas que allá abajo habían comenzado a titilar-. Cualquiera de esos pobres ilusos que se pasean por las callejas de este pueblo olvidado. Hombre, mujer, qué más da. Lo esencial habría sido cargar con su naturaleza, con su desquiciante humanidad, con sus obsesiones enfermizas por las que son capaces hasta de asesinar.

¿Qué era aquello que oía? Nunca, ni por error siquiera, lo había escuchado decir cosas tan despreciables sobre los Hijos de Eva.

-Bien habría sabido vivir como uno de ellos -continuó-. Sé que no tiene complicación alguna. No hay más que dejarse guiar por la única y aterradora certeza de que los segundos están contados, de que en años efímeros todo se extinguirá.

Allá, en la lejanía, unas nubes densas y oscuras daban lengüetazos fulgurantes y estruendosos a las crestas de los cerros. Con paso liviano llegó a mi lado y continuó:

-Hace dos años recibí un comunicado escrito de puño y letra de Kgunan-Terpus, Gran Señor de los Kaennanh. Decía requerirme con extrema urgencia. Nada más. En esos momentos la requisición me pareció ahondada en aires tan viciados y misteriosos que tomé la determinación de no acudir a su llamado. Si aquello era un asunto delicado que concernía a La Logia, ¿por qué entonces no había asistido un heraldo oficial con una misiva debidamente facultada por el Gran Maestro? Meses después, cuando yo estaba convencido completamente de que todo en verdad había sido un asunto torcido, se presentó un segundo llamado no muy diferente del primero, no obstante, esa vez existía un elemento que despertaba mi inquietud: junto a la rúbrica del señor de los Kaennanh, estaba la firma de Kellozhe Dahanan-Devrah, amigo entrañable y distinguido colega. Tampoco entonces, a pesar de las señales adversas, marché a su encuentro.

Entonces, con el rostro vuelto de pedernal y los puños al aire, Patrick vociferó cual maldición las frases consecutivas:

-¡Y todo por una obsesión, una quimera, una ilusión absurda e infantil!
¡Cómo deseo! ¡Cuánto deseo no haber nacido bajo tal desventura!

Era innegable: Patrick se había vencido y ahora mostraba una realidad desnuda que yo misma adiviné desde el principio pero que me negaba a considerar por el riesgo que ésta constituía: él me amaba; me adoraba al punto de ser capaz de rehusar su condición dentro de La Logia. Una agresiva convulsión generada por un golpe como de choque eléctrico me

cautivó en sus lazos. Ardía por dentro con una sensación de intenso dolor que a la vez era alegría infinita. Eso explicaba sus ansias de volverse un ischim. El cambio le era necesario para liberarse del peso de un deber agobiante que jamás le permitiría permanecer en mí. Patrick era ante todo un Dahanan-Devrah, un descastado, dueño de nada, de nadie. Así había sido y así sería eternamente. Le eché los brazos al cuello, con el deseo de no perderlo jamás.

-Prendada estoy a tu corazón como pensé me sucedería jamás -le dije a punto de llorar-. Te amo, Dzépuvuz Dahanan-Devrah. Quiero estar contigo para siempre, cueste lo que cueste. Aunque eso signifique renunciar a mi título. Aljaruxa será cosa del pasado. Seremos tú y yo, Gyda Skjaldmö y Patrick Bonham simplemente, juntos para la eternidad.

-Hubiera sido hermoso -balbució estremeciéndose como un infante-. Lo intenté. Créeme que lo intenté como fiera traspasada...

-¿Qué quieres decir? -inquirí con desasosiego.

-Ayer, a media noche, recibí visitas inesperadas: dos mensajeros, del linaje de los Qendlell el primero, de los Anakutt el otro. Venían a convocarme. A pesar de todo, del protocolo exigido para tales situaciones, fuera la situación que fuera, yo no pensaba claudicar de mi determinación primaria: renunciaría a mi cargo de Gran Decano dentro de La Logia. Todo estaba más que decidido hasta que se me informó de la fatídica noticia: Kellozeh Dahanan, mi hermano, había sido asesinado.

-¡No lo entiendo! -grité adivinando el curso de sus palabras- ¿Por qué tiene que ser así? ¡Tú dijiste que los Dahanan-Devrah eran inmortales!

-Lo somos -aseveró más desesperanzado que nunca-. Kellozeh volverá a levantarse, pero eso tomará varios siglos y ahora no hay tiempo.

-¿Tiempo para qué?

-Para retomar lo que dejó inconcluso.

Evitándolo con desprecio, me aparté.

-Te odio.

-Aljaruxa, por favor, escúchame. Ya no depende de mí. Quiero que nos quedemos en paz, como amigos.

-¡No me interesa tu amistad! ¡No me interesas tú! ¡Lárgate de una buena vez!

Se hizo un silencio prolongado antes de que él retomara su relato:

-Sé que estoy hablando de más -dijo en un susurro lúgubre-. Se supone que no deberías saber todo esto. Sin embargo, ya no pienso igual que al principio. No voy a moverme de aquí sin darte siquiera una mínima explicación del asunto y tal vez así dejes de odiarme.

Sus palabras últimas me hicieron retroceder un poco para mirarlo de reojo.

-Sin lugar a dudas, fue un ajuste de cuentas -prosiguió-. Fueron úpiros los perpetradores del asesinato de mi hermano. Esos mal nacidos los emboscaron sin darles un poco de oportunidad para hallar una mejor condición de pelea.

-¿Qué quieres decir con los emboscaron? -intervine sin poderlo resistir- ¿Por qué tanto misterio? ¿Kellozeh no estaba solo?

-No. Tenía una Larva.

-¿Larva? ¿Estaba criando?

-Precisamente, ella y no él era el foco de la venganza a cobrar. Kellozeh dio pelea como un dragón iracundo. Los hizo jirones, pero a un costo muy alto: lo arrebataron brutalmente de la existencia y poco faltó para que su cría corriera con la misma suerte. Si ella hubiera muerto, océanos de sangre habrían nutrido los suelos de la Tierra.

Nos envolvió un silencio inquieto. Yo no me sentía segura de hablar. Sabía que cualquier cosa que dijera empeoraría las cosas. Absorto en el horizonte, musitó algunas frases más para sí mismo que para mí:

-Lo supe desde el principio y no quise ver. Es mi culpa. Mi hermano nunca debió iniciar el adiestramiento de Kndra`vyi. Era mi tarea. Sé perfectamente cómo hay que tratar a esas ratas asquerosas. Las hubiera aplastado a la primera señal de conspiración. Ahora ya es muy tarde... y es mi culpa.

Me sentí avergonzada por la severidad de mis juicios. Fui a su encuentro y lo abracé por detrás, apretándome fuerte contra su espalda. Él tiritaba.

-Perdóname -le dije buscándolo de frente-. Fui injusta. Perdóname.

-¿Qué me busca? -preguntó desconsolado- ¿Qué le detengo para que me siga sin tregua? Señora de la Luna Creciente, Mi Señora, déjeme ir pues el sendero no puedo apartar más.

Y por vez primera lo vi llorar. Y la tierra bajo sus pies se vio nutrida por un par de lagrimas aperladas que de sus ojos huyeron. Y el cielo pareció compartir su pena y vertió afanoso una lóbrega y gélida catarata sobre nosotros. Era la tempestad reflejo de nuestras almas.

-Ángel mío -imploré-, engáñame, miénteme diciendo que volveremos a estar juntos algún día.

Me besó. Y sus labios fueron la revelación de toda respuesta en el Universo. Y todo afán bajo este cielo se comprendió como un marchito absurdo. Me besó. Y supe que la razón última de todo lo creado se llama Amor. Así, con los ojos cerrados, el éxtasis fue lavándose de mis sensaciones hasta que no quedó más que mi cruda y patética soledad. Él no estaba más. Se había ido.

-Soy tuya para siempre -sollocé derribada en el fango, desconsolada-.
Tuya...

Se me ahogaron las palabras. No más...

Capítulo 10

Hasta aquí la historia de Aljaruxa Hassa, Señora de las Exaltadas.
Continuará en la segunda parte "**EL DUELO**", relato del entrenamiento de
Kndra`vyi Engender-Schtranks, princesa bastarda, a manos de Aljaruxa.

"EL DUELO" aún permanece no escrito.

Si llegaste hasta aquí, ¡qué valiente!

Gracias mil

Gábrielle Engel

Agosto de 2015